



*Dentro de Tus Llagas
Escóndeme*

DENTRO DE TUS LLAGAS, ESCÓNDEME

CONTENIDO

Prefacio.....	3
1) La Vista 20/20	5
2) Las Manos Heridas; El Hijo del Creador y el Hijo del Carpintero.....	11
3) La mano servicial herida	17
4) Ambos brazos y manos levantadas.....	24
5) Los pies adorables, heridos por el camino.....	31
6) Los pies heridos, atados por la obediencia	36
7) El costado herido que revela su corazón.....	42
8) La pureza de su corazón herido	48
9) Los estigmas y la Eucaristía.....	53
10) Los estigmas que revelan al Padre.....	57
11) Nuestra Señora de los Estigmas.....	65
12) Dentro de esas llagas victoriosas, escóndeme....	70

Prefacio

Escribí la mayor parte de este libro durante la temporada de la Pascua del año 2020, en un momento cuando todo el mundo estaba lidiando con el infame Coronavirus, la pandemia que reveló las heridas de inseguridad de la humanidad, que de otra manera estaban muy escondidas por la impresión falsa de los medios de comunicación de la seguridad física, social, y económica. Con tanta ansiedad en el mundo e incluso dentro de la Iglesia, la victoria de la resurrección de Cristo restauró una perspectiva correcta. A pesar de que la mayoría de las iglesias estaban cerradas por la Semana Santa y mucho del tiempo de Pascua, ¡el virus no pudo robarnos la Pascua! El Señor entró en muchas casas que estaban "cerradas" por temor al virus y proclamó la paz de su Resurrección a familias y comunidades. A través de Internet (y otros medios de distancia social), las "piedras" clamaron que el Señor del cielo y la tierra, que experimentó algo mucho peor que el Covid-19, se ha recuperado mucho más. Sus llagas gloriosas continúan proclamando esta verdad.

Como cualquier hijo de San Francisco, meditar sobre los estigmas siempre ha sido parte de mi vida religiosa. Estoy en deuda con uno de nuestros fundadores, el P. Andrew Apostoli, CFR, originario de la Provincia de los Estigmas de los Capuchinos, por la chispa que brotó de su predicación en una Misa de profesión de votos, explicando cómo los tres votos que hacemos están representados por los estigmas. Dijo que la pobreza está representada por las manos heridas que no pueden retener nada por sí mismas, la castidad por el corazón que ofrece las luchas relacionadas con el celibato, y la obediencia por los pies atados a la cruz. Esa chispa de una idea se convirtió en un resplandor constante de meditaciones para mí a lo largo de los años, que he compartido principalmente con los Frailes y Hermanas CFR, y algunos otros religiosos consagrados.

Aunque algunas de estas meditaciones pueden resonar más con la familia franciscana (especialmente a medida que nos acercamos al 800 aniversario de los estigmas de San Francisco), mi esperanza es que cualquier cristiano que lea esto se beneficiará de meditar de esta manera en nuestro Salvador y Sanador Divino. Si alguien se pregunta, "*¿Cómo puedo estar más unido a Jesús?*" tendrá una razón para leer esto. Si Ud.

no se ha hecho esa pregunta, sugeriría que le pida al Señor el deseo de estar unido a Él antes de seguir leyendo.

El libro de las llagas de Jesús está abierto para todas las personas en todo momento. Por lo tanto, no estoy interesado en buscar derechos de autor para este material. Se puede compartir de cualquier manera, pero simplemente les pediría a los lectores que respeten la integridad del texto. Si un editor decide imprimirlo algún día para que esté disponible más fácilmente, entonces que se haga, Amén.

Gracias a todos los hermanos y hermanas del CFR que me inspiran a buscar conocer al Señor Jesús cada vez más plenamente. Gracias en particular al P. Guisepppe Sinischalchi, CFR, quien en broma mencionó en una homilía hace algunos años que podemos recordar Juan 20:20 como la vista 20/20. Ese comentario inspiró el título del primer capítulo y la idea de que el año de nuestro Señor, 2020, era el momento adecuado para escribir esto.

P. Ricardo Roemer, CFR

16 de julio de 2020

(Y gracias a Karen Calix y a Gladys Pineda por ayudarme con la traducción en español, “aprobada” en marzo, 2023)

CAPÍTULO 1

La Vista 20/20

En la tarde del primer día de la semana, cuando los discípulos estaban juntos con las puertas cerradas por temor a los judíos, Jesús se acercó y se paró entre ellos y dijo: "¡La paz sea con ustedes!" Después de decir esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría cuando vieron al Señor. (Jn 20:19-20)

Él les dijo: "¿Por qué están turbados y por qué surgen dudas en sus mentes? Miren mis manos y mis pies. ¡Soy yo mismo! ..." (Lc 24: 38-39a)

Decir que el Verbo se hizo carne es decir que el Verbo se hizo herido, que abrazó todas las llagas de nuestra carne. Sin embargo, esas heridas son también "palabras", palabras universales o símbolos en un lenguaje universal, que cualquier hombre o mujer, analfabeta o muy educada, debería ser capaz de comprender. Todos los hombres y mujeres han sido heridos y pueden comprender cómo las heridas físicas pueden ser un símbolo de heridas emocionales o espirituales. Podemos hablar de una situación compleja como un "dolor de cabeza real" y de una relación rota como un "corazón doloroso". Podríamos sentir que estamos "cojeando" incluso si nuestras piernas están perfectamente sanas.

Cuando el Señor Jesús se levantó de entre los muertos y se mostró a sus apóstoles, se aseguró de mostrarles las manos, pies y costado heridos. San Juan nos dice que cuando los apóstoles vieron sus manos y costado sabían que estaban viendo al Señor y se llenaron de gozo. Por lo tanto, en Juan 20:20, ¡los apóstoles finalmente reciben la vista 20/20 de quién es Él! Santo Tomás insiste en ver y tocar esas heridas por sí mismo, y cuando lo hace, nos da la proclamación más clara en el Evangelio de la identidad y naturaleza de Jesús: "¡Señor mío y Dios mío!"

En el Evangelio de San Lucas, Jesús resucitado les dice a los apóstoles que miren sus manos y pies y así lo reconozcan. El sentido principal de la frase "Soy yo mismo" en Lucas 24:39 (griego = Ego eimi autos) debe ser "¡Soy yo, el mismo hombre que fue clavado de pies y manos en la Cruz!" ¿Podemos también interpretar esta pequeña y poderosa oración, con sus dos pronombres personales para enfatizar, de una manera más amplia y

atemporal? Quizás podría parafrasearse: "¡Esto es lo más yo que puedo ser!" Es decir, la visión del Señor resucitado con sus heridas es la revelación más completa de Sí mismo.

En un discurso sobre el Salmo 148, San Agustín habla de nuestra experiencia de los dos tiempos litúrgicos de Cuaresma y Pascua. Él dice: "La temporada antes de la Pascua significa los problemas en los que vivimos aquí y ahora, mientras que el tiempo después de la Pascua ... significa la felicidad que será nuestra en el futuro. Lo que conmemoramos antes de la Pascua es lo que experimentamos en esta vida, lo que celebramos después de la Pascua apunta a algo que aún no poseemos... Ambos períodos están representados y demostrados para nosotros en Cristo nuestra Cabeza". Debido a nuestra "vista" limitada, es útil para nosotros enfocarnos en un momento en la crucifixión y en otro momento en la resurrección. Los estigmas significan ambos tiempos a la vez, proclamando la unidad en Cristo de la muerte y la resurrección. Él es siempre y para siempre el "Cordero inmolado" y también plenamente "La Vida".

El crucifijo "Franciscano" de San Damián, que miramos a diario en la capilla de nuestro convento, proclama el misterio pascual con una plenitud particular. Como señaló el Papa Francisco cuando visitó Asís el 4 de octubre de 2013, "¡En esa cruz Jesús está representado no como muerto, sino vivo! La sangre fluye de sus manos y costado heridos, pero esa sangre habla de vida. Los ojos de Jesús no están cerrados sino abiertos".

Las llagas de Cristo resucitado son un resumen del misterio pascual escrito en su carne. Decir eso es decir mucho, pero ¿es eso suficiente? ¿Podría su declaración "Soy yo mismo" cuando revela sus heridas a sus discípulos implicar que sus estigmas cuentan una historia más amplia que los eventos del Viernes Santo hasta el Domingo de Pascua? ¿Podríamos atrevernos a decir que las heridas de sus manos, pies y costado realmente cuentan la historia, de manera simbólica, de toda la vida de nuestro Salvador? ¿Podríamos pensar en ellos como un resumen visual real de Su misión e incluso de Su divinidad? Esta es precisamente la línea de meditación que nos atrevemos a seguir.

Se puede pensar en la meditación como hacer brillar una luz brillante sobre una escultura con poca luz. La vista de la escultura puede resultar familiar, pero una luz más brillante puede ayudar a una persona a ver dimensiones y detalles que antes no se habían percatado. Le pedimos al Espíritu Santo que ilumine nuestra mente y nuestro corazón de esta manera mientras meditamos en los estigmas de nuestro Salvador.

Como cristianos buscamos no sólo conocer a Cristo, sino nada menos que ser uno con Él, para que "no vivamos más para nosotros, sino para Aquel que murió y resucitó por nosotros" (cf. 2 Co 5, 15). Podemos trabajar hacia esa unidad de varias maneras. Podemos pensar en cómo actuaría o hablaría Jesús en una situación determinada. (Algunos pueden recordar la abreviatura popular en inglés, "WWJD" –"What would Jesus do?", es decir, "¿Qué haría Jesús?") Podemos examinar nuestro día para preguntarle cuándo estábamos actuando o hablando por nuestra cuenta o cuando Él estaba actuando o hablando en nosotros, o si Él se sentía cómodamente habitando dentro de nosotros durante todo el día. Otra forma, propuesta aquí, es considerar los estigmas de nuestro Salvador como un resumen simbólico de Su vida y ministerio, y conformarnos a Su cruz tal como Él la experimentó a lo largo de Su vida. Nuestro Señor le dijo a Santa Margarita María Alacoque: "Desde el primer momento de mi Encarnación, la cruz fue plantada en mi Corazón". Comprender cómo Jesús tomó la cruz interiormente a través de Su Encarnación, Su vida oculta y durante Su ministerio público puede ayudarnos a identificarnos más con Él y ver cómo podemos llevar la cruz con Él en nuestra vida diaria. Por ejemplo, los religiosos y religiosas consagrados buscan vivir escondidos en Cristo, escondidos en sus llagas, a través de los votos de pobreza, castidad y obediencia. Otros están ocultos en Cristo por las ofrendas diarias dentro de la vida familiar y el lugar de trabajo.

San Buenaventura dijo: "No aplicamos el término 'pasión' sólo al día en que murió, sino a todo el curso de su vida; porque toda la vida de Cristo fue un ejemplo y un martirio" (Vit. Myst . V.n2). Cuando San Pablo dijo que quería "sólo conocer a Cristo y el poder de su resurrección, reproduciendo el camino de su muerte" (Fil. 3:10), probablemente estaba pensando en reproducir algo más que la crucifixión romana real, es decir, el camino entero de la vida de Cristo que sus llagas representan.

San Bernardo de Claraval, mientras predicaba sobre la profundidad del amor de Dios revelado en el Cantar de los Cantares, vio las llagas de Cristo como la más clara revelación de ese amor y dijo:

¿Dónde más podemos nosotros, hombres frágiles, encontrar descanso y seguridad, sino en las llagas de nuestro Salvador? Cuanto mayor es el poder salvador de estas llagas, más seguro me siento en ellas... Pero el clavo que se abrió paso en Su carne ha resultado ser la clave del misterio de Sus designios. ¿Cómo podemos dejar de ver a través de aberturas tan amplias? ... El secreto de Su Corazón, por lo tanto, se pone al descubierto en las heridas de Su cuerpo... ¿Cómo, en verdad, Señor, podrías mostrarnos más claramente que por tus heridas que eres en verdad toda bondad y misericordia y abundancia en amor, ¿ya que el amor más grande que un hombre puede mostrar es dar su vida por sus amigos? (Sermón 61)

Una vez en un tren en Oregon, un hombre bautista me preguntó amablemente por qué los católicos siempre tienen crucifijos en sus iglesias, ¿Era porque no creíamos que Jesús resucitó de entre los muertos? Le aseguré que creemos en la resurrección, pero que mirarlo de esa manera nos recuerda la profundidad de su amor, y de tal manera, incluso con solo mirar sus heridas, somos sanados (como los israelitas en el desierto que fueron curados mirando la imagen de la serpiente en el asta). Este mensaje de su amor sanador fue escrito claramente en su cuerpo para que sus apóstoles lo leyeran, mucho antes de que cualquiera de ellos pudiera escribirlo en pergaminos.

Muchos santos frailes capuchinos, como San Conrado de Parzham, hablaron del crucifijo como su "libro" de meditación. Sabían leer esas heridas, aunque no escribieran sobre ellas.

El primer biógrafo de San Francisco, fray Tomás de Celano, nos dice que después de que Francisco recibió una palabra de Cristo en el crucifijo de San Damián, "las llagas de la sagrada Pasión quedaron grabadas en lo profundo de su corazón, aunque todavía no en su carne," y que desde entonces la Pasión estuvo "constantemente ante sus ojos". (2 Cel, capítulo 6). Lo que se manifestó milagrosamente, probablemente por primera vez en la historia, estaba interiormente presente en su mente y corazón. Ojalá todos nosotros, seguidores de Cristo, llevemos y

meditemos en nuestro corazón, como Nuestra Señora, la señal de sus llagas. Por razones obvias, San Francisco será un ejemplo principal (¡e intercesor!), mientras consideramos cómo estar unidos con las llagas de nuestro Salvador en nuestra vida diaria.

Eso sí, no estoy hablando de llevar los estigmas de una manera extraña y esotérica. Una vez, cuando estaba en la oficina de P. Benedict Groeschel, él abrió una carta de una mujer que estaba comenzando una nueva comunidad. ¡Ella prometió que todos los que se unieran recibirían los estigmas invisibles al entrar! ¡No estamos hablando de eso! Sin embargo, de una manera más modesta, todos estamos invitados a minar las riquezas de sus llagas, y no solo a llevarlas, sino, en cierto sentido, a dejarnos llevar por ellas a lo largo de nuestra vida.

Algunos lectores pueden encontrar este camino de meditación poco familiar, quizás demasiado corporal en un momento y demasiado simbólico en otro, antes de aplicarlo todo a nuestra vida diaria. Si es así, puede ser que los escritores cristianos modernos no presten mucha atención a los símbolos físicos, o si lo hacen, tienden a la espiritualidad oriental. Pero parte del asombroso señorío de Jesús evidente en los evangelios es que Él fue muy intencional en obrar milagros físicos con significado simbólico. Por ejemplo, reprende a sus apóstoles que consideren más profundamente el simbolismo de doce cestas de sobras cuando multiplicó los panes y los peces en territorio judío por 5000, y las siete cestas sobrantes cuando multiplicó los panes en territorio pagano por 4000. (Quizás doce para todas las tribus del pueblo de los cinco libros de Moisés, y el número perfecto siete para la gente de las 4 direcciones). Tener a Pedro caminando sobre el agua, untando barro de su saliva a un ciego, y tantos otros milagros están claramente destinados a hablarnos de muchas formas físicamente simbólicas.

Nuestro querido Papa filósofo, San Juan Pablo II, le dio al mundo una visión más profunda del lenguaje del cuerpo y cómo habla simbólicamente del significado espiritual de nuestra naturaleza humana. su “Teología del Cuerpo” es un acercamiento muy positivo y profundo al significado del cuerpo. Cuando el Señor invitó a sus primeros miembros de la Iglesia a ver sus heridas el día de Pascua, ¿No los invitó a comenzar a desarrollar una teología de Su cuerpo primero que todos?

"Mírame las manos, los pies y el costado. ¡Y mira otra vez ... y otra vez!
¡Realmente soy yo mismo!"

Quizás deberíamos pedir su ayuda en oración antes de continuar:

Señor Jesús, Te adoro, verdadero Dios y verdadero hombre, y adoro Tus llagas que revelan Tu amor por mí y por todos Tus discípulos en todo momento y lugar. Escóndenos en Tus llagas, oh Señor. Ayúdanos a entrar en ellas y dejarlas entrar en nosotros, para que Te conozcamos, Te amemos más profundamente y estemos más unidos contigo. Amén.

CAPITULO 2

Las Manos Heridas; El Hijo del Creador y el Hijo del Carpintero

"Haga grandes maravillas tu diestra". (Sal 45: 4)

"¿Por qué escondes tu diestra?" (Sal 74:11)

Hace muchos años, el New York Science Times publicó un artículo sobre el telescopio Hubble que enviaba imágenes desde el espacio profundo a la Tierra. Una de las fotos con colores mejorados mostraba una parte del universo que se estaba expandiendo en la formación de nuevas galaxias. Mostró cinco protuberancias de nuevas galaxias, como cinco dedos, que un astrónomo describió como casi viendo "la mano de Dios" extendiéndose hacia afuera y creando nuevos mundos.

Todo ese poder está en manos de Jesús de Nazaret.

Profesamos en El Credo, como escribió San Pablo en su carta a los Colosenses (1, 16), que "por él fueron hechas todas las cosas". Como nos dicen los astrónomos, la creación todavía se está creando; el Creador aún no ha completado la obra de sus manos. ¿No es asombroso que mientras tú y yo estamos molestando al Señor para encontrar nuestras llaves perdidas o para superar un resfriado, Él también está ocupado creando nuevas estrellas y planetas? Él está dirigiendo con sus manos la gran sinfonía de los movimientos de las estrellas, la relación de los insectos invisibles en la jungla, y todo el tiempo nos escucha susurrar o gritar en sus oídos.

El Antiguo Testamento se refiere más de 500 veces al poder de la diestra de Dios. Ya sea en alabanza o en súplica, el pueblo de Israel creía en la inmensa fuerza del Señor, aunque se limitaba al lenguaje simbólico y antropomórfico para hablar de ello.

Toda esa fuerza está en manos de Jesús de Nazaret.

Sin embargo, el Señor Jesús también tenía manos humanas con limitaciones humanas. Este es el misterio de su pobreza, su Encarnación auto vaciada que no se aferró al reconocimiento de su divinidad y poder

mientras caminaba entre nosotros en la tierra que Él también creó. Durante un tiempo tuvo las manos diminutas de un bebé, aprendiendo a sostener objetos diminutos. Se le conocía como "tekton" en griego (Mc 6: 3), carpintero o, más exactamente, constructor o albañil, y era hijo de un albañil (Mt 13,55). Los escépticos estaban parcialmente en lo cierto al reconocer su humilde oficio, pero no se dieron cuenta de que Él era al mismo tiempo el Constructor del universo y el Hijo del Tekton Divino, Dios Padre. No tenían idea de que Él había construido cada átomo y hebra de ADN que formaba su propia carne. Cuántas veces habían rezado: "Fueron tus manos las que me hicieron y me moldearon" (Sal 119: 73), y ahora estaban menospreciando esas manos frente a ellos.

Nuestro Salvador abrazó esta pobreza de manos heridas, manos traspasadas para no retener nada para Sí. Las manos heridas resumen la mayor parte de los años que pasó Jesús en la tierra, escondido en la escuela de la pobreza de Nazaret, con las manos heridas por el trabajo manual. Lo más probable es que sus manos estuvieran físicamente heridas con astillas y ampollas a causa de sus trabajos. ¿Es improbable que el Hijo del Hombre accidentalmente dejara resbalar un martillo y golpear su dedo, ya que Él era como nosotros en todo menos en el pecado? Quizás Él consideró tales accidentes como una preparación para aceptar los clavos que serían martillados en sus manos en el Calvario.

"Estas manos fueron hechas para cálices, no para callos", ha sido la excusa del seminarista ocasional que intenta salir del trabajo, con suerte en broma. Sin embargo, el verdadero y único Sumo Sacerdote pasó más de la mitad de su vida ganando callos y solo una noche de su vida terrena celebrando la "primera Misa". Además, esa primera Misa incluyó realmente la carga de la cruz el Viernes Santo.

Podemos suponer que al menos 15 años, o aproximadamente la mitad de su vida, los pasó escondido en el trabajo manual, sin ser visto y sin incidentes. Debemos preguntarnos: "¿Qué ganó con esto?" Pudo haber construido puentes o coliseos notables o incluso rascacielos, pero no hizo tales hazañas. Lo que habló en sentido figurado, acerca de destruir el templo y reconstruirlo en tres días, fácilmente podría haberlo hecho literalmente e impresionar a sus acusadores. En cambio, no dejó nada

extraordinario durante todos esos años, y los arqueólogos no encontrarán ninguna obra suya con su firma en ella.

Sin embargo, lo que sí construyó fue la dignidad del trabajo manual. Pasar gran parte de la vida en eso elevó la dignidad de ese tipo de trabajo, para que pueda ser una participación en su ofrenda al Padre. Decimos que cuando un sacerdote está ofreciendo la Misa, está de una manera única "in persona Christi", en la persona de Cristo que hace esa ofrenda. Sin embargo, mediante su participación en el trabajo manual, Cristo le dio a cada cristiano un medio diario para estar unido a él. En un sentido subjetivo, podemos estar "in persona Christi" mientras colocamos ladrillos o mientras barremos el piso, ¡y lo barremos nuevamente mañana y nuevamente al día siguiente! Al permitir que sus manos fueran heridas junto con las de otros obreros, Cristo santificó tal obra y la convirtió en un medio de santificación. Por supuesto, una conciencia permanente de su presencia con nosotros y una ofrenda voluntaria de la obra con Él la harán más fructífera espiritualmente.

Puede haber sido su intención pasar tantos años como constructor para prepararse físicamente para llevar la cruz. Quizás hubo semanas seguidas en las que diariamente recogía vigas transversales para construir un granero. Aunque el peso espiritual de nuestros pecados es lo que hizo que la cruz fuera tan pesada, no olvidemos la realidad física.

Esa realidad se me hizo evidente una vez durante la Cuaresma cuando participé en el Vía Crucis de la madrugada con los frailes y cientos de fieles en Matagalpa, Nicaragua. Vi que los hombres que transportaban la gran carroza con la escena de la crucifixión estaban sufriendo por el peso de la misma, así que decidí unirme y echar un hombro por un tiempo. No podía creer lo PESADO que era, lo aplastante y doloroso que se sentía. Fue solo cuando el peso de la escena de la crucifixión se hundió profundamente en mi hombro que el peso físico real de la crucifixión histórica se hundió en mi mente. Con esa realidad vino el pensamiento de que ser un obrero de la construcción debió haber preparado a nuestro Señor físicamente para el peso de la Cruz. El peso moral de nuestros pecados tenía una realidad física y dolorosamente carnal. Quizás por eso pasó quince años en ello: todo en su vida parecía estar dirigido al Calvario.

Es cierto que el trabajo manual puede prepararnos también para otras misiones que el Señor tiene en mente para nosotros. Cuando el Señor le dijo a San Francisco que fuera a reconstruir su iglesia, comenzó con piedras y argamasa, y reconstruyó tres pequeñas iglesias en Asís. Algunos dicen que Francisco finalmente se dio cuenta de que el Señor estaba hablando simbólicamente de su Iglesia en su conjunto, lo cual es cierto. Sin embargo, darse cuenta de su misión de renovar la Iglesia no significa que vio las reparaciones físicas como un error. No veía el trabajo físico como una pérdida de tiempo. Deseó durante el resto de su vida trabajar con las manos y animó a sus frailes a hacer lo mismo, como escribió en su último testamento. Sin duda, entendió que la imitación y el seguimiento de Cristo incluían el trabajo con las manos. Naturalmente, fue una expresión de la pobreza de Jesús.

Por estas razones, los frailes que fundaron nuestra Comunidad escribieron en el primer capítulo de nuestras Constituciones que el trabajo manual es un "componente esencial" de nuestra pequeña reforma. Lo que fue lo suficientemente bueno para que el Señor pasara la mayor parte de su tiempo terrenal e imitado por San Francisco, también es bueno para nosotros.

P. Emmanuel Mansford, CFR, cuenta la historia de cómo, cuando era postulante, sintió que estaba perdiendo todo el tiempo lijando sillas. Pensaba en las misiones de evangelización que había realizado antes de unirse a los frailes y en los logros más importantes que podía estar haciendo para la gloria de Dios y, sin embargo, día tras día lijaba sillas y lijaba sillas. Finalmente, en un momento de gracia, se dio cuenta de que lo que estaba lijando era en realidad su ego más que las sillas.

El primer Siervo General de nuestra Comunidad, el P. Benedict Groeschel, tan ocupado como asesorando a obispos y sacerdotes y a todos los demás, solía cocinar para toda la comunidad en los primeros días cuando nos reuníamos todos los miércoles en el Bronx. Las Misioneras de la Caridad me han dicho que Santa (Madre) Teresa insistió en limpiar el baño del convento de Calcuta hasta sus últimos días. Obviamente, ella y el P. Benedicto comprendieron el significado espiritual del trabajo manual.

Santa Verónica Giuliani fue una monja asombrosa, una capuchina, que tuvo que superar una fuerte repulsión personal hacia el trabajo manual en el monasterio. No solo se volvió extremadamente generosa en la búsqueda de las tareas más humildes de la limpieza, sino que también se convirtió en una estigmatizada. Su madre, que había fallecido cuando Verónica tenía siete años, había “asignado” espiritualmente una de las heridas de Cristo a cada una de sus cinco hijas en su lecho de muerte. Todos ellos finalmente ingresaron al monasterio. Se puede suponer que Santa Verónica vio el trabajo manual como una forma de unirse a las heridas en las manos de Cristo, que finalmente recibió milagrosamente en las suyas.

Incluso el interminable papeleo que ocupa a tanta gente hoy puede ser un medio de unidad con Cristo. Uno de nuestros frailes, el P. Luke Fletcher, a menudo les ha recordado a nuestros seminaristas que el papel también proviene de la madera y ¡se vuelve pesado! A menudo es un trabajo tedioso y oculto, pero nunca oculto al Señor. De cualquier manera, San Juan Pablo II confirmó que “soportando la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, colaboramos con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad” (Laborem exercens, 27).

Tenemos muchas oportunidades diarias para unirnos a las manos heridas de Cristo, cuando practicamos un espíritu de desapego hacia nuestro trabajo. Limpiamos el piso e inmediatamente alguien entra con sandalias lodosas; estamos haciendo nuestra salsa de espagueti perfecta y alguien entra y le agrega chiles jalapeños; ¡Arreglamos una luz trasera en el auto y al día siguiente alguien la retrocede hacia un árbol! Es proverbial en la vida religiosa que un fraile planta tomates en el huerto y otro fraile se los come (ya que el primer fraile ha sido trasladado a otro convento). Podemos desarrollar falsamente nuestra autoestima mediante el trabajo de nuestras manos y luego se nos pida que lo dejemos ir. ¿En qué se basa entonces nuestra identidad?

Aquellos que trabajan en profesiones de servicio como: consejeros, policías, bomberos, doctores, enfermeras, ministros religiosos, etc. son requeridas de practicar ese desapego también. La persona en quien ellos invierten mucha energía en un tiempo de crisis en cualquier día nunca podrían volver y decir gracias o darles una actualización de su vida. El

Señor experimentó esto cuando El curó diez leprosos y solo uno volvió para agradecerle. Nosotros reflexionaremos más en esto en el próximo capítulo.

San Francisco fue claro en su deseo de no aferrarse a ninguna obra como propia. Sus "Admoniciones", una serie de meditaciones y consejos que escribió para los frailes, rebosan de esta actitud de pobreza interior. Su segunda amonestación habla perspicazmente del pecado original de Adán y Eva como aferrarse a lo que realmente no era suyo. Francisco se dio cuenta de que incluso las obras hermosas hechas para el Señor pueden ser un obstáculo cuando nos aferramos a ellas. Por ejemplo, un día estaba admirando una pequeña olla de barro que había hecho. Cuando se dio cuenta de que estaba distraído de la oración por ese trabajo de sus manos, inmediatamente lo arrojó a un fuego. Sin embargo, la mayor ofrenda que se le pidió más tarde fue entregar el futuro de la orden, "su" orden, al Señor y a otros frailes que no compartían la misma visión que él.

Tal pobreza radical de espíritu todavía es superada infinitamente más por Aquel que podía sostener el mundo entero en sus manos, pero eligió no aferrarse a la parte más pequeña de ella para Sí mismo. Incluso el cuerpo glorificado de Jesús conserva el símbolo de las manos heridas, ya que Él desea eternamente que toda gloria vaya al Padre.

Oremos:

No a nosotros, oh Señor Jesús, sino a Tu Nombre sea la gloria.

Te adoramos a Ti, que eres Hijo del Creador e hijo del carpintero.

Glorificamos Tu pobreza, Señor Jesús.

Glorificamos Tu humildad.

Glorificamos Tus manos heridas que no se aferran.

Que nuestro trabajo diario sea un medio y no un obstáculo para nuestra unión contigo.

Amén.

CAPÍTULO 3

La mano servicial herida

"Extiende tu mano y sálvame; tu mano hará todo por mí. Tu amor, oh Señor, es eterno; no deseches la obra de tus manos" (Sal 138: 7-8).

"Por sus heridas fueron sanados". (1 Pedro 2:24)

Por otro lado, literalmente la otra mano de Cristo, podemos meditar en su mano que se extiende para ayudar a los pobres y enfermos. Aquí vemos su poder revelado no solo como el Creador, sino como el Re-creador y Sanador de la creación. Cuántas veces ese poder de curación se desató a través de esas manos sagradas, para los enfermos, los ciegos, los cojos, los mudos, los leprosos, los desatendidos y los abandonados. ¡Cómo anhelaban tocarlo! Muchas de nuestras canciones de oración de hoy todavía expresan ese anhelo por su toque.

Piense por un momento en cualquier sanador de fe popular que haya visto en la televisión o en un gran evento. ¿Cómo es típicamente un evento de curación? Por lo general, hay música de alta calidad y un escenario para ver al sanador con mayor claridad. A menudo hay una sensación de dramatismo, de una ola creciente emocional de expectativa por una elevación de la voz y gestos dramáticos....

Ahora piense en los relatos de las curaciones de Jesús en los Evangelios. ¿Dónde está el espectáculo? No hay nada de eso. Es todo lo contrario. Aleja a las personas de la multitud para curarlas. Les pide que no se lo digan a nadie. Se cura dentro de casitas con la multitud afuera. No grita ni llora cuando sana, como Isaías había profetizado correctamente (cf. Mt 12, 15-21). Su autoridad divina y humildad divina van de la mano.

Sus manos contenían tanto el poder como la ternura del Padre, como Rembrandt retrató las manos del padre en su pintura del Hijo Pródigo. Eran manos capaces de representar la fuerza divina y la misericordia divina. Aquellas manos del único Dios-hombre respondieron a la súplica del salmista en nuestro favor: "Extiende tu mano y sálvame; tu mano hará todo por mí" (Sal 138: 7). Esas son las manos gloriosas que clavamos en la cruz.

La herida del rechazo se le dio a esas manos sanadoras mucho antes del Calvario. Él fue verdaderamente el Sanador Herido a lo largo de su ministerio. Su bondad fue recibida con ingratitud y acusaciones, a veces incluso de las mismas personas a las que había sanado y dado nueva vida. Apropiadamente recreó a las personas en sábado, por ejemplo, el hombre de la mano seca (Mt 12:10-14); pero los fariseos conspiraron para matar a Jesús porque sanó la mano del hombre en sábado. A menudo les decía a los que sanaba que no se lo contaran a nadie, pero de todos modos lo hacían, lo que dificultaba su misión (Mt 9:31). Sanó a los endemoniados y, a veces, la gente respondió pidiéndole que se fuera de su distrito (Mt 8, 34), o peor aún, acusándolo de echar fuera demonios por el poder del príncipe de los demonios (Mt 12:24). Ya el misterio pascual se desarrollaba en su ministerio y ya era “por sus llagas (que) somos curados” (Is 53:5-6 y 1 Pt 2:24).

Cuando expresa su compasión y bondad de otra manera, al multiplicar el pan para alimentar a la multitud hambrienta, muchos se enfocan en esa comida terrenal y se alejan de Él cuando les ofrece comida celestial (Jn 6:66). Incluso sus discípulos parecen olvidar rápidamente esa provisión milagrosa y perder su significado (Mt 16: 9). Estos son solo algunos de los ejemplos de cómo fue herido continuamente durante su ministerio público al ofrecer una mano servicial y una mano sanadora. A diferencia de la mayoría de los perros, la humanidad caída "morderá" la mano que nos alimenta. Sin embargo, esas heridas experimentadas en el ministerio de Jesús ya comenzaron a desbordar con una misericordia más profunda que trajo una curación más profunda.

Su poder para perdonar pecados ya estaba vinculado con su poder para sanar en el caso del paralítico en Lucas 5: 17-26. Aunque el paralítico y algunos en la multitud responden alabando a Dios, los escribas y fariseos lo acusan de blasfemia. La ira que recibió a cambio de este tipo de curación ciertamente anticipa sus manos sagradas clavadas en la cruz. Sin duda, Él ya estaba orando: “Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen ”.

El poder de su perdón ya fluía con una respuesta constantemente misericordiosa y paciente que revelaba un triunfo Divino. Culminaría con el ofrecimiento repetido de “paz” y el don del perdón entregado a los

Apóstoles cuando les mostró sus manos heridas después de la resurrección. Es una paz de la que compartimos, no negando la realidad del pecado o la injusticia, sino perdonándola en su Nombre.

¿Cómo se conforman los cristianos a la mano servicial herida de Cristo?

Está claro que san Francisco se unió interiormente a la mano herida de Cristo ayudando a los pobres. Incluso antes de su conversión, tuvo la gracia de ser generoso con los pobres. Creció en esta generosidad respondiendo a la invitación de Jesús al joven rico en los Evangelios de dar todo lo que tenía a los pobres (cf. Mc 10, 17ss). Este se convirtió en un pasaje clave en la regla que escribió para sus frailes, ayudándoles a comprender que la pobreza estaba vinculada a la generosidad.

Sin embargo, una cosa es dar a los pobres desde una distancia social segura. Otra es acercarnos personalmente lo suficiente como para dejar que nuestras manos serviciales sean heridas, lo que llamamos en nuestras Constituciones CFR "trabajo relacional (en inglés, "hands on") con los pobres". Esta fue la victoria dentro de San Francisco cuando superó el miedo a los leprosos y abrazó a uno. De hecho, fue una manifestación del triunfo de la cruz cuando Francisco pudo extender la mano y tocar a ese leproso, de modo que lo que antes era amargo dentro de él se transformó en dulzura. Sin duda, sus esfuerzos posteriores fueron recibidos a veces con ingratitud por parte de aquellos a quienes estaba sirviendo y ciertamente con incomprensión por parte de aquellos que miraban desde una distancia segura. Indudablemente reconoció en esto otra forma de estar unido a la experiencia de Aquel cuyos pasos buscaba seguir.

¿Cómo estamos unidos a esta mano de Cristo extendida en obras de misericordia? Los religiosos consagrados, como ese joven rico, estamos llamados a vender lo que tenemos y dar a los pobres; nuestra vida de pobreza está destinada a ser una fuente de generosidad y caridad. No sucede solo una vez cuando entramos. Es continuo, porque todo el tiempo, la energía y el talento que podríamos usar para crear una cuenta bancaria personal o comprar ese impresionante auto deportivo nuevo se están gastando en cambio en darle a una persona pobre una nueva oportunidad de vida.

Como todos los cristianos que buscan entregarse a los pobres o enfermos, a veces nuestras manos se lastiman. A veces, nuestros esfuerzos se verán recompensados con la ingratitud o la ira o incluso con acusaciones de injusticia. A veces podemos preguntarnos si nuestro servicio está marcando una diferencia o no, o incluso si estamos practicando lo que se ha llamado "caridad tóxica". A veces, con consternación después de que alguien a quien intentamos ayudar nos haya mentido, nos preguntamos: "¿Debo despedirlo o debo invertir aún más tiempo y energía para ayudarlo?" En estos momentos, podemos recordar las manos heridas de Jesús y pedirle que tome nuestras manos y las haga suyas. Con esa oración, confiamos en que Él hará nuestras manos fuertes y suaves, como su amor.

Se decía de san Francisco de Sales que cuando tenía que decir "no" a una petición de una persona pobre, podía hacerlo con tanta bondad y humildad que la persona se marchaba tan contenta como si había recibido ayuda material. Aparentemente, había llegado a una aceptación pacífica de sus propias limitaciones, la pobreza de su mano servicial, para poder dar la paz del Señor a otros en sus desilusiones.

La experiencia de nuestras limitaciones para ayudar a los demás nos lleva a aceptar nuestra verdadera pobreza humana. No podemos arreglar a la gente como podemos arreglar una ventana o un lavamanos. Cuando se trata de adictos o niños que les falta la formación familiar, tenemos que reconocer nuestra pobreza e impotencia de hacer todo perfecto para ellos. Sin embargo, podemos encomendarlos al Divino Doctor y Pastor de las almas, cuyas manos levantan continuamente a sus hijos del fango.

En esos momentos, cuando nos damos cuenta de que en realidad no podemos llevar el mundo entero, es útil recordar el contraste de dos estatuas en la Avenida 5 y la Calle 50 en Nueva York. A un lado está "Atlas" en el Rockefeller Center, que representa a la humanidad autosuficiente, que lucha bajo el peso del mundo sobre sus hombros. Al otro lado de la calle, dentro de la Catedral de San Patricio, hay una estatua (y pinturas) del niño Jesús con el mundo en sus manitas, como si dijera: "¡No te preocupes! Puedo llevar tu mundo. ¡Solo dámelo! "

Recordamos cómo nuestro Señor envió a los discípulos sin dinero ni suministros para llevar, pero les dio su palabra y el poder de sanar (cf. Mt

10). Existe una especie de sanación que el dinero no puede comprar y que incluso podría prevenir. Es decir, cuando tenemos que confiar más directamente en la gracia de Dios y no en nuestros propios recursos, Él puede obrar con una eficiencia más divina. Este fue otro pasaje clave para San Francisco, que le dejó en claro a él y a sus frailes que la pobreza voluntaria está destinada a aumentar nuestra fe y confianza en el Señor.

San Pedro le dijo al cojo del templo: “¡Míranos! ... No tenemos plata ni oro, pero lo que tenemos te damos. En el Nombre de Jesucristo de Nazaret, camina”. Tomándolo de la mano derecha, lo ayudó a levantarse y el cojo comenzó a caminar. (Hechos 3: 4-7) La Sangre de Cristo que fluye de manos pobres y heridas que no aferran, trae curación, y recrea a las personas de una manera sobrenatural. Como escribió el Papa San Juan Pablo II en *Redemptoris Donum* (27), “Dios puede otorgar dones a través de una persona pobre de una manera más grande que a través de cualquier cantidad de recursos materiales, porque Él puede otorgarlos a la manera del hombre pobre por excelencia, nuestro Señor Jesucristo”.

Esa manera o actitud del Señor Jesús también significa poner nuestro corazón al servicio de los demás. La Madre Teresa solía decir: “En tu servicio a los pobres, no entregues solo tus manos, sino también tu corazón”. Una vez me llamó la atención un pequeño crucifijo que encontré en uno de nuestros conventos, en el que uno de los brazos de Jesús estaba desconectado del hombro. Mientras miraba su mano y su brazo colgando de la cruz, desconectado de su corazón, me di cuenta de que a veces mi mano servicial es así. Podría estar sirviendo comida a una persona pobre, pero sin ningún interés real en esa persona, sin que mi corazón se conecte en absoluto. Eso necesita ser corregido incluso más que un crucifijo roto.

San Gregorio Magno entendió lo que significaba ser un sanador herido como Cristo cuando dijo: “Es característico de los hombres santos que sus propias pruebas dolorosas no les hagan perder la preocupación por el bienestar de los demás. Están afligidos por la adversidad que deben soportar, sin embargo, buscan a los demás y les enseñan las lecciones que necesitan; son como médicos dotados que están ellos mismos afligidos y enfermos. Ellos mismos sufren heridas pero traen a otros la medicina que les devuelve la salud”.

Hay una realidad misteriosa en el ministerio cristiano de que estamos sirviendo **a** Cristo en nuestro hermano/a necesitado y también sirviendo **con** Cristo, representándolo a los demás. Esto es más una plenitud que una contradicción. Cuando servimos con Él, recordamos su enfoque humilde y silencioso hacia la curación sin ningún tipo de espectáculo. Él continúa su obra sanadora en el mundo de hoy a través de la gente común y los medios naturales, o "causas secundarias", pero sigue siendo su gracia la que obra. Cuando nos preguntamos cómo podríamos servirle a Él, podríamos reflexionar sobre las infinitas profundidades de su compasión, su "sufrir-con" como medio de compasión en la raíz. En otras palabras, Aquel que tomó nuestros pecados sobre sí mismo también se identifica tanto con la humanidad sufriente que se convierte en la humanidad sufriente.

Un médico internista, que trabaja en un hospital en Tegucigalpa, Honduras, dio testimonio de esto en un largo mensaje telefónico a algunos amigos, que también pude escuchar. Estaba contando, con una voz cansada y sollozante, su experiencia de tratar de cuidar a cuarenta pacientes de Covid al mismo tiempo. No había suficiente oxígeno para todos ellos, por lo que los pacientes estaban tratando de compartirlo entre sí, pero algunos se estaban desvaneciendo. Mientras oraban juntos, la doctora dijo que experimentó algo más que simplemente pedirle a Dios que los ayudara a todos. Ella dijo que tenía una nueva y extraña sensación de que el Señor estaba con ellos en la habitación sufriendo y llorando con ellos. Era evidente que su misteriosa presencia la fortalecía de una manera que ella no podía explicar.

Algunos todavía pueden gritar enojados o incluso en humildes y sinceros cuestionamientos: "¿Pero por qué no puede sanar a todos? ¿Por qué no sana a todos? ¿Qué diferencia hace su presencia si Él no los está sanando?" En tales momentos de cuestionamiento, podría ser útil tener en cuenta que el Doctor Divino también es un obstetra. Es decir, Él está presente en la hora de la muerte para alentarnos de que sigamos adelante en nuestro pasaje doloroso fuera de este mundo, y nos entregue al mundo celestial de la luz eterna. La conciencia de su presencia en ese momento crucial nos da una cierta esperanza, una especie de cordón umbilical que se corta una vez que somos capaces de

verlo cara a cara en toda su gloria. A diferencia de nuestra entrada en este mundo, ¡no lloraremos cuando llegemos allí!

El Señor Jesucristo no sanó físicamente a cada persona enferma en el mundo durante su tiempo en la tierra, ni lo hace en nuestro propio tiempo, pero sí proporciona a cada persona espiritualmente enferma la restauración de la salud espiritual y la vida eterna, siempre y cuando se vuelvan sinceramente a Él, el Médico Divino. Él tomó el virus del pecado sobre sí mismo para sanarnos de él para siempre, para que pudiéramos tener vida en abundancia.

Cuando estamos tratando de caminar junto a alguien que ha perdido la esperanza y no sabemos qué decir o hacer, podemos animarnos de los discípulos en el camino a Emaús. Antes de que Jesús revelara su presencia en la fracción del pan, o incluso en la apertura de las Escrituras, comenzó a caminar junto a ellos mientras compartían fraternalmente sus corazones rotos. Simplemente con su presencia en la hermandad de esos discípulos caminando juntos, sus corazones comenzaron a arder de nuevo con esperanza.

Así que le pedimos que camine con nosotros de una manera similar:

Señor Jesús, pongo todo mi mundo en Tus manos divinas.

Gracias Señor por Tu generosidad y bondad ilimitadas hacia mí.

Por favor, continúa extendiendo Tu misericordia y sanación sobre el mundo.

*Pongo mis manos pobres en Tus manos pobres, oh Señor,
para que puedas trabajar con eficiencia Divina a través de mí
y hazme un sanador herido contigo. Amén.*

CAPÍTULO 4

Ambos brazos y manos levantados

“Escucha mi clamor por misericordia mientras Te pido ayuda, mientras alzo las manos hacia Tu lugar santísimo ”(Salmo 28:2).

“Quiero que los hombres de todas partes levanten manos santas en oración”. (1 Tm 2:8)

Hemos reflexionado por una mano sobre Cristo herido en la pobreza del trabajo escondido. Por otro lado, lo consideramos el Sanador Herido de la humanidad. Ahora consideraremos ambas manos como solemos mirarlas en el gesto de Jesús en la Cruz con los brazos abiertos. Estas manos levantadas y heridas pueden hablarnos de otro aspecto más interior de la pobreza de Cristo y de la nuestra.

¿Cuántos días y noches oró Nuestro Salvador al Padre con los brazos abiertos y las manos levantadas en la posición clásica de “orans”? El levantar sus manos en oración, tarde en la noche o temprano en la mañana, buscando a su Padre en la pobreza de nuestra humanidad, es otra experiencia de su vida en que estamos invitados a participar, otro camino que nos lleva a la unidad con él.

Cuando alguien dice: "Me rindo", ¿qué gesto se hace naturalmente? El policía dice "¡No te muevas!" e inmediatamente levantamos nuestras manos vacías. El lenguaje corporal de levantar los brazos y las manos parece entenderse universalmente como un signo de docilidad. En un sentido real, la posición de los brazos y las manos de Jesús en la cruz es una declaración de su disposición interior constante ante el Padre. Siempre, en todo momento, se rindió y vivió en el buen plan del Padre.

Recuerdo a un señor mayor en una misión parroquial que pidió hablar conmigo en privado después de una charla. Quería compartir conmigo, con una pasión ardiente pero pacífica, su deseo de contarles a todo el mundo sobre la oración de dar permiso a Dios. Dijo que después de 50 años de servicio en la Renovación Carismática y otros ministerios de la Iglesia, lo que había aprendido sobre todo era la importancia de la oración de entrega, de abandono, de simplemente dar permiso a Dios

para hacer lo que él quiera con nosotros. Con lágrimas en los ojos, imaginó lo diferente que sería la Iglesia si todos rezáramos "Jesús, te doy permiso para hacer lo que quieras conmigo". Le aseguré que no estaba solo en esto, ya que Santa (Madre) Teresa y muchos otros santos habían rezado de manera similar.

La oración de abandono reconoce nuestra pobreza y nos ayuda a crecer en el desapego de nuestra propia voluntad. Por lo general, también nos trae la paz del Señor. La conocida "Oración de la serenidad" popularizada por Alcohólicos Anónimos, que comienza con "Dios, concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar...", podría cambiarse con más precisión para decir "Dios, concédeme la serenidad **por** aceptar las cosas que no puedo cambiar...", ya que la serenidad es más un efecto que una causa (¡pero aceptaremos con serenidad que no necesitamos cambiar esa oración!)

Una vez durante la temporada navideña, en un estudio bíblico en un albergue para personas sin hogar, les pregunté a algunos de los huéspedes si habían pensado en lo que podrían darle a Jesús como regalo de cumpleaños. Alguien se ofreció a dejar de fumar. Otro resolvió dejar de maldecir. Un hombre, que no había hablado hasta entonces, dijo solo dos palabras: "Mi voluntad".

Con un poco de asombro por su respuesta, le pregunté si podía explicarnos lo que quería decir. Luego compartió un hermoso testimonio. Acababa de salir de la cárcel y dijo que estaba allí de nuevo debido a un problema de ira que con frecuencia lo había metido en problemas. Muchas veces le había dicho al Señor que iba a cambiar y mantener el dominio propio. Pero esta vez otro prisionero le dio un buen consejo espiritual. Le sugirió que en lugar de decirle a Dios lo que iba a hacer mejor, debería pedirle al Señor que tomara el control sobre su vida y le entregara toda su voluntad. Comenzó a hacerlo y comenzó a experimentar una nueva paz. Esa paz interior se mantuvo incluso cuando fue puesto a prueba por algunas situaciones que anteriormente le habrían provocado una respuesta violenta. Así que, agradecido, continuaba entregando su voluntad al Señor.

La oración de entrega a veces significa entregar nuestro intelecto al Señor, así como nuestra voluntad. Con un pequeño encogimiento de

hombros, el lenguaje corporal de las manos levantadas también significa "No sé" o "No sé qué hacer al respecto". Parece característico de la espiritualidad judía hacer preguntas a Dios; ¡Ésta puede ser una de las razones por las que a menudo levantaban las manos en oración! San Pablo nos recuerda que no sabemos cómo orar como deberíamos, por lo que necesitamos la ayuda del Espíritu Santo. Es asombroso que ni siquiera seamos capaces de decirle a Dios la simple palabra "Papá" ("Abba") sin la ayuda del Espíritu Santo, pero nuestra experiencia nos dice que es verdad. Podríamos pronunciarlo, pero no orarlo realmente, en espíritu y en verdad, sin la ayuda del Espíritu Santo. No podemos acercarnos a Él con nuestro conocimiento, por lo que nuestros brazos abiertos le dicen: "¡Levántame, por favor!" como un niño pequeño que gesticula sin palabras a su madre o padre.

En este sentido, nuestras manos levantadas nos recuerdan que estamos ante un Misterio Divino que nunca encajará en nuestras pequeñas mentes limitadas. El Papa León el Grande, que escribió el gran tomo sobre la relación de la divinidad de Jesús con su humanidad, dio un hermoso ejemplo de lo que significa entregar nuestro intelecto. Mientras predicaba sobre el misterio de la Encarnación, dijo: "Ya que no podemos expresar adecuadamente con palabras la grandeza de este misterio, ¡al menos sintamos lo bueno que es ser vencidos por el misterio!"

Cuando los fariseos le piden a Jesús una señal del cielo en Marcos 8, Jesús responde con un profundo suspiro y pregunta: "¿Por qué esta generación pide una señal?" Lo imagino con ese gesto de manos abiertas alzadas, porque su profundo suspiro suena entonces a prefiguración del Calvario, cuando entregó su espíritu con un profundo suspiro. Luego, en Marcos 9, clama: "Generación incrédula, ¿cuánto tiempo tendré que quedarme contigo? ¿Cuánto tiempo tendré que aguantarte? Lo imagino levantando las manos en este gesto tanto hacia ellos como hacia el Padre, significando en palabras no dichas: "¿Qué más podía hacer para que estas personas creyeran en mí?"

El alzar las manos extendidas es también un signo de alabanza a Dios. Esto está claro en todo el Antiguo Testamento, especialmente en los salmos. Es el gesto natural de adoración y de ofrecer un sacrificio de alabanza. Uno podría estar parado ante el Señor en silencio y continuar

alabándolo de corazón simplemente con este gesto. Hay una dimensión adicional de nuestra pobreza cuando consideramos que estamos levantando las manos heridas hacia el Señor.

Para los cristianos, esta postura, incluso cuando es sólo una postura interior, es una participación en la alabanza y acción de gracias de Jesús al Padre, especialmente durante la liturgia. Ésta es la postura habitual del sacerdote que reza la Misa. Piense en las respuestas familiares y antiguas de la Misa; "El Señor esté con Uds." "-Y con tu espíritu." "Levantemos el corazón". "-Lo tenemos levantado hacia el Señor." Aquí en Honduras, a menudo veo a personas que levantan la mano de forma natural cuando dicen: "lo tenemos levantado hacia el Señor". ¿Nos damos cuenta de por qué el sacerdote primero dice: "El Señor esté con Uds."? ¿No es para que sea el Señor Jesús alabando al Padre dentro de nosotros y elevando nuestro corazón de una manera que va más allá de nosotros?

Podemos pensar en San Francisco rezando en La Verna con los brazos y las manos levantadas de manera similar rezando "Oh Señor, ¿quién eres Tú y quién soy yo?" Cuando el Fray León le preguntó al respecto, Francisco le explicó que estaba contemplando la majestad del Señor y su propia indignidad de hablar con Él. San Buenaventura escribe que San Francisco estaba en la "pobreza más alta" en La Verna cuando oraba de esta manera. Vale la pena reflexionar sobre eso. ("¿Quién eres Tú y quién soy yo?" es también, hablando de manera pragmática, una frase útil cuando no sabemos cómo comenzar nuestra oración).

La oración de alabanza nos da así una perspectiva correcta. La adoración es probablemente la mejor manera de crecer en la verdadera humildad. Hay una conocida oración del Cardenal De Valle, llamada "La Letanía de la Humildad". Es una oración útil para reconocer y renunciar a nuestros deseos de ser elogiados o preferidos, así como a nuestros miedos de ser rechazados u olvidados. Es útil, pero me atrevería a decir que es solo la parte A del camino hacia la humildad. La parte B es olvidarnos de nosotros mismos en una simple adoración a Dios.

Esto me recuerda uno de los momentos más difíciles y oscuros de mi vida. En nuestro convento en Londres solíamos tener un refugio nocturno de emergencia, turnándonos con otras iglesias de la zona. Muchos de los invitados llegaron borrachos o drogados. Una noche, un joven amistoso

llamado Danny entró borracho y luego, después de la cena, se metió en una ducha y se inyectó heroína. Para cuando otro invitado lo descubrió, había dejado de respirar y ya se estaba poniendo azul. Llamamos a la versión británica del "911". Mientras los paramédicos estaban en camino, me dieron instrucciones por teléfono sobre cómo hacer RCP. Hice lo mejor que pude, pero no pude salvarle la vida, ni tampoco los paramédicos cuando llegaron. Desde que estaba a cargo, me sentí responsable de este fracaso. ¡Incluso uno de los otros huéspedes esa noche me dijo que era culpa mía!

La noche siguiente estaba programado para predicar en un grupo de oración carismático al otro lado de Londres. Era lo último que tenía ganas de hacer. Esa noche, cuando la gente a mi alrededor comenzó a alabar a Dios, fui más ministrado que ministrando. Mientras levantaban sus manos en alabanza, el Señor interiormente "me levantó, me hizo girar y alzar mis pies en tierra alta" (como dice una canción), permaneciendo seguro en su bondad y no en la mía.

Cuando reflexionamos sobre nuestras propias manos heridas levantadas en oración, nos damos cuenta de nuestra incapacidad para aferrarnos a Dios de ninguna manera. No podemos exigirle sentimientos de consuelo. A veces deseamos orar, a veces no. A veces estamos alerta, a veces estamos cansados y, a menudo, nos distraemos. Podemos prepararnos para la oración de una manera que nos facilite escuchar al Señor, pero no podemos obligarlo a que se nos revele. Si buscamos la satisfacción personal o el consuelo en la oración, es posible que estemos aferrándonos a nosotros mismos en lugar de darle libremente nuestra alabanza. En tiempos de desolación, podemos unirnos interiormente con los brazos abiertos de Jesús en la cruz rezando la primera línea del Salmo 22: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Él nos consuela mucho en la oración, pero aún más cuando nos presentamos ante Él con la alabanza sincera y la actitud humilde, cuando buscamos consolarlo a Él más que a nosotros mismos. Como señaló la Madre Teresa, la sed de nuestra alma es ya un medio de unión con el Señor Jesucristo, quien expresó su sed de nuestro amor en la cruz.

Cuán a menudo escuchamos la queja: "¡Dios no escucha mis oraciones!" El Catecismo de la Iglesia Católica señala sabiamente que no nos

preocupa tanto que Él no escuche nuestras oraciones de agradecimiento o alabanza, ¡solo que no me da lo que quiero! (CCC # 2735). Una vez más, una mano abierta y herida representa la confianza de los hijos del Padre que están abiertos a recibir sus dones, pero se dan cuenta de que están fuera de nuestro alcance para agarrarlos. ¿Alguna vez ha visto a un niño de pie con las manos abiertas y estiradas, esperando recibir algo que no pueda alcanzar, como una galleta en la mesa? Eso somos nosotros ante el Padre. A veces el niño dice “¡Dame! ¡Dame!” Sin embargo, los padres están en una mejor posición para discernir cómo, cuándo y qué dar.

A menudo pedimos favores para los demás más que a nosotros mismos, lo cual es un paso en la dirección correcta de manos que no son avariciosas. Esta intercesión requiere una confianza similar en la bondad del Señor, al poner a nuestros seres queridos y todas nuestras preocupaciones en sus manos providenciales. Los intercesores fieles son como las raíces del árbol que primero toman el agua de la gracia, pero están dispuestos a permanecer ocultos y transmitirla para que los frutos se desarrollen en el tiempo perfecto de Dios.

Poco después de que San Francisco recibiera los estigmas en La Verna, escribió algunas alabanzas a Dios en un pergamino, que luego entregó a Fray León. Es un ejemplo útil de cómo la alabanza nos eleva a Dios y nos ayuda a olvidarnos de nosotros mismos. Aquí está parte de su oración para ayudarnos a levantar nuestros ojos y nuestras manos heridas al Señor:

Tú eres santo, Señor, el único Dios, y Tus obras son maravillosas.

Tú eres fuerte. Eres genial. Tú eres el Altísimo.

Eres todopoderoso.

Tú, Santo Padre, eres Rey del cielo y de la tierra.

Eres Tres y Uno, Señor Dios, todo Bien.

Tú eres el Bien, todo el Bien, el Bien supremo, Señor Dios, vivo y verdadero.

Tú eres amor. Eres sabiduría. Eres humildad. Eres resistencia.

Estás en reposo. Tú eres la paz. Eres gozo y alegría.

Eres justicia y moderación. Eres toda nuestra riqueza

y Tú nos bastas.

Eres la belleza. Eres la mansedumbre. Eres nuestro protector.

Eres nuestro guardián y defensor.

*Eres nuestro coraje. Eres nuestra caridad y nuestra esperanza.
Eres nuestra fe, nuestro gran consuelo.
Tú eres nuestra vida eterna, Señor Grande y Maravilloso,
Dios Todopoderoso, Misericordioso Salvador. Amén.*

CAPÍTULO 5

Los pies adorables, heridos por el camino

*“Tan pronto como los sacerdotes que llevaban el arca llegaron al Jordán y sus pies tocaron la orilla del agua, el agua de río arriba dejó de fluir”
(Josué 3:15-16)*

*“Partió los cielos y descendió; densa oscuridad estaba bajo sus pies”.
(Salmo 18:9)*

Volviendo ahora a los pies de Cristo, ¿qué podrían decirnos sobre la experiencia vivida de su Encarnación? Adoremos ante todo esos pies gloriosos en nuestro corazón, porque fueron el medio por el cual Dios caminó sobre la tierra. Eran infinitamente más poderosos que los pies de los sacerdotes que detuvieron el flujo de las aguas mientras llevaban el Arca a la tierra prometida, simbolizando la fuerza de Dios protegiendo a su pueblo; los pies de Jesús incluso caminaron sobre las aguas, simbolizando su victoria sobre la muerte. Son pies divinos que tenían libertad para ir a cualquier parte, pero que se limitaban a una pequeña provincia de la tierra. Juan el Bautista entendió correctamente que ni siquiera era digno de desatar las correas de las sandalias de esos pies divinos. Sin embargo, los pies del Todopoderoso, que tiene su trono en el cielo y la tierra por estrado de sus pies (Is 66: 1), no vinieron exigiendo sumisión, sino anunciando suavemente la paz.

Isaías profetizó correctamente: "Cuán hermosos sobre los montes son los pies de él que trae la buena nueva..." (52:7), más digno de lo que él podría haber imaginado. Si miras detenidamente el Evangelio de San Lucas, puedes ver cuán concretamente se cumplió la profecía de Isaías. Al final del capítulo siete, leemos acerca de la mujer "conocida como pecadora" que fue el instrumento para mostrar la adoración amorosa que se debía verdadera, justa y correctamente a esos pies en la casa de Simón el fariseo. Observa cómo después de que ella le lava y unge los pies con reverencia, San Lucas nos dice que Jesús recorrió las aldeas "proclamando y trayendo la Buena Nueva del reino de Dios" (8:1).

Asimismo, la contemplativa María de Betania se sentó a los pies del Señor (Lc 10, 39), se prostró a sus pies (Jn 11, 32) y le perfumó los pies,

secándolos con su cabello (Jn 12, 3). Hay muchas imágenes y estatuas de San Francisco adorando y abrazando los pies de Cristo en la cruz. Sin duda, adoraba con amor los pies de Cristo en su corazón con una devoción similar a la de la "mujer pecadora" en Lucas 7, y otros en el evangelio que se postraron a los pies de Jesús.

El Señor Jesucristo se puso asombrosamente a los pies de los Apóstoles cuando les lavó los pies, humillándose y "tomando forma de siervo" (Fil 2). El que cabalga sobre las nubes merece aún más reverencia por su ejemplo de reverencia a sus discípulos. (Además, ¡probablemente insistió en lavarle los pies a San Pedro porque sabía que "Rocky" con tanta frecuencia iba a "meterse la pata"!). San Francisco también exhortó a sus frailes en posiciones de autoridad a reverenciar a sus hermanos por tener la disposición de lavarles los pies.

Sin embargo, estos preciosos pies de Cristo fueron heridos por nosotros, no solo en la Cruz, sino durante toda su vida. Por un lado, podemos ver cómo fueron heridos al anunciar ese mismo Evangelio de la paz. Fueron heridos por la fatiga apostólica. Por ejemplo, encontramos al Señor cansado y sediento en el pozo de Jacob, durante uno de sus muchos viajes de predicación (Juan 4). Él y sus discípulos a menudo estaban tan presionados por las multitudes que ni siquiera había tiempo para comer y su familia pensó que estaba "loco" cuando vieron esto (Mc 3:20 y 6:31). Cuando estaba en Cafarnaúm, siendo atendido cómodamente por la suegra de Simón, con una multitud constante que venía para ser sanado, parece que tuvo la tentación de quedarse y montar un negocio, por así decirlo. Quizás pensó en tener una "clínica de curación" con horarios regulares. En cambio, se pone en camino de nuevo, habiendo escuchado al Padre en las primeras horas de la madrugada, recordando el propósito para el que fue enviado (Lc 4:42-43).

Más significativa fue la herida de rechazo y persecución que recibió con tanta frecuencia mientras predicaba la Buena Nueva de salvación. Cuanto "mejoró" en términos de revelar la plenitud del plan perfecto del Padre, peor se volvió para Él en cuanto a persecución y amenazas. Cuando Él le dice a la asamblea en Nazaret que la profecía mesiánica de Isaías se estaba cumpliendo en su audiencia, ¡ellos responden tratando de tirarlo por un precipicio! (Lc 4:16ss) Cuando trata de revelar a las autoridades

judías su unidad con el Padre, lo acusan de tener un demonio y luego tratan de apedrearlo (Jn 8:52 y 59). Con frecuencia, su enseñanza divina se encontró con maestros de la ley que intentaron atraparlos o engañarlos con sus preguntas.

Aquellos que son enviados en misión por obediencia al Señor tienen muchas oportunidades de conformarse a los pies heridos de Cristo. A menudo experimentan la fatiga apostólica, física y emocionalmente. Por ejemplo, es posible que haya visto una foto famosa de los pies de la Madre Teresa, que muestra lo desgastados que estaban por su labor de amor. La evangelización a menudo no se ajusta a los horarios de oficina y mucho menos la intervención en crisis. Un discípulo puede cansarse y abrumarse simplemente pensando en todas las personas que necesitan escuchar el Evangelio y sin saber por dónde empezar. Dos mil años después de que Jesús lo dijo por primera vez, todavía experimentamos la realidad de que la mies es mucha pero los obreros pocos (Mt 9:37).

A veces, como Él, debemos experimentar el rechazo y la persecución por compartir la fe que se nos ha dado. Predicar el Evangelio de la vida con gran bondad puede llevar a uno a la cárcel, como ha sucedido a veces con algunos de nuestros frailes. Los cristianos que usan una cruz o los religiosos que usan un hábito pueden recibir comentarios desagradables de extraños o incluso de amigos. Muchos discípulos sinceros experimentan un leve pero doloroso malentendido y rechazo por parte de sus familiares y amigos. Una vez más, nuestro Salvador caminó por ese camino antes que nosotros en su ciudad natal de Nazaret.

Advirtió a sus discípulos que encontrarían un rechazo similar cuando los enviara a la misión. Si llamaron al dueño de la casa “Belcebú”, ¿cuánto más a sus discípulos? (cf. Mt 10:25). ¿Cuántas veces se ha acusado a la Iglesia, particularmente en las batallas morales de nuestro tiempo, de ser “opresiva” por proclamar la verdad que nos libera? Jesús promete a sus discípulos que el mundo los odiará porque no pertenecen a él. El Evangelio no encaja en la plataforma de ningún partido político y, por lo tanto, se percibe como una amenaza. En cierto sentido lo es, porque la luz de la verdad brilla en las tinieblas del error, y las tinieblas no pueden vencerlo por mucho tiempo. De hecho, el Evangelio, y cualquier cristiano

que realmente lo viva, necesariamente afligirán a los que se sienten cómodos mientras consuela a los afligidos.

Al mismo tiempo, a menudo experimentamos la bienaventuranza y el gozo sorprendente del que habla el Señor para aquellos que son perseguidos por causa de Él (Mt 5:11-12). Por ejemplo, cuando la apertura de nuestro convento en el este de Londres fue recibida con huevos y piedras que nos arrojaron los jóvenes de la localidad, se nos dio la gracia de regocijarnos en ello. A veces, esas pequeñas persecuciones incluso se convierten en “invitaciones” para acercarse a alguien que, de otra manera, ¡nunca tendría a nadie que compartiera la fe con ellos!

Según un tal Rabino Finkel, que enseñó en la Universidad de Seton Hall en Nueva Jersey, incluso “la sacudida del polvo” de los pies del que habla Jesús podría interpretarse de una manera esperanzadora. El buen profesor judío señaló que sacudirse el polvo de los pies es lo que suelen hacer los judíos (y otros) cuando entran a un lugar santo. Esa era la costumbre antes de entrar al Templo. Otra forma de ver esto es que los discípulos estaban entrando en un lugar santo cuando experimentaron el rechazo por predicar el Evangelio. Del mismo modo, queremos sacudirnos el polvo del resentimiento y pedirle al Señor que lave nuestros pies en su misericordia, para que nuestros pies heridos no se infecten. Queremos recordar que esas heridas (¡pero no el polvo!) permanecieron en los pies del cuerpo glorificado de Jesús, lo que significa el triunfo de su misericordia y paciencia que ya estaba obrando durante su ministerio público.

Confiamos en que las Buenas Nuevas que estamos compartiendo son realmente lo que todos anhelan, si lo sepan o no. Experimentamos esta realidad en una gran manifestación pro-vida fuera de un sitio de abortos en la ciudad de Buffalo, Nueva York, hace muchos años. Había una gran multitud de activistas pro-aborto allí, gritándonos cánticos enojados y blasfemos frente a nuestras caras en la acera mientras rezábamos. Cuando algunos de nosotros terminamos de rezar el Rosario y la Coronilla de la Divina Misericordia, saqué un pequeño Nuevo Testamento de bolsillo y dos de nosotros comenzamos a cantar el Sermón de la Montaña, comenzando con las Bienaventuranzas (Mt 5). La multitud frente a nosotros se quedó en silencio, y después de que terminamos una página,

algunos de ellos nos pidieron continuar, ¡querían escuchar un poco más!
La Palabra que llevamos con nuestros pies heridos es en verdad la Palabra
de Vida que el mundo anhela interiormente, aunque la rechace
verbalmente.

Oremos:

*Señor Jesús, haz que mis pies sean portadores de Tu paz, Tu Evangelio de
paz.*

*Donde hay duda, que yo lleve la fe verdadera,
donde hay desesperación, la esperanza cierta,
donde hay odio, la caridad perfecta.*

*Otórgame Señor, que pueda llevar Tu palabra de vida por los caminos del
mundo
y también ser llevado por Ti. Amén.*

CAPÍTULO 6

Pies heridos, sujetos por la obediencia

Cuelgas mis pies con grilletes; Vigilas de cerca todos mis caminos poniendo marcas en las plantas de mis pies. (Job 13:27)

Mis ojos están siempre puestos en el Señor, porque solo Él puede liberar mis pies de la trampa. (Sal 25:15)

Y glorificaré el lugar de mis pies. (Es 60:13)

El otro pie herido puede representar todas las otras formas en que nuestro Salvador practicó el abandono a la voluntad del Padre durante su vida terrenal, estando atado a la cruz de la obediencia. Por ejemplo, fue tentado en el desierto a seguir una manera más fácil y "razonable" de ser el Mesías, por causar una gran impresión en Jerusalén. Al principio de su vida, cuando tenía 12 años, estaba listo para comenzar a enseñar en el Templo, pero en cambio practicó la obediencia a su Padre al ser obediente a María y José y regresó a la vida escondida de Nazaret. Todas estas formas de practicar la obediencia eran un movimiento de obediencia de por vida que culminaría en ser obediente hasta la muerte, muerte de cruz. En una línea muy sorprendente de las Escrituras, se nos dice que Cristo incluso "por lo que padeció aprendió la obediencia" (Heb. 5:8). Misteriosamente, el Hijo del Hombre creció humanamente en la obediencia.

Entonces, si un pie representa ser enviado en misión por obediencia, el otro pie puede representar aceptar la obediencia a la voluntad de Dios al permanecer en un lugar que es incómodo o aceptar una situación que está fuera de nuestro control. Nuestro Señor le profetizó a San Pedro que sería atado a una cruz en su vejez, y literalmente sucedió. (cf. Jn 21:18-19). Para la mayoría de nosotros, es más probable que esa cruz en nuestros últimos años sea una cama de hospital o una silla de ruedas.

El venerable cardenal Francis-Xavier Nguyen Van Thuan, de Vietnam, experimentó una percepción poderosa de esto cuando estuvo

encarcelado durante 11 años. Fue tentado por el desánimo porque su vida como obispo se estaba “desperdiciando” en la cárcel. Entonces se dio cuenta profundamente de que nuestro Señor hizo más por el mundo en esas pocas horas que estuvo atado a la cruz, sin poder ir a ninguna parte, de lo que hizo durante todo su ministerio público. A medida que el obispo vietnamita comenzó a unir su encarcelamiento de manera más intencional con la ofrenda de Cristo, comenzó a ver el triunfo de la cruz en la conversión de otros prisioneros e incluso de los guardias.

Varios santos dignos de mención experimentaron la gracia de la conversión al ser atados a un lecho de enfermo por un tiempo. San Pablo fue cegado en el camino a Damasco, para que comenzara a ver de una manera nueva por la fe en el Señor Jesucristo. San Francisco de Asís estuvo enfermo en cama durante aproximadamente un año cuando tenía poco más de veinte años, lo que lo ayudó a reevaluar lo que debía hacer con su vida. San Ignacio de Loyola comenzó a discernir el Espíritu del Señor cuando su pierna resultó herida en la batalla y también fue atado a la cruz de un lecho de enfermo. Esta forma de participar en la pasión del Señor les enseñó a ofrecerse con confianza al Señor y los preparó para ofrendas aún mayores.

Es bueno recordar a las personas en hospitales y hogares de ancianos que son las personas más poderosas y eficaces de la Iglesia. Es verdad. De vez en cuando he podido ver la conexión de la ofrenda de una persona enferma con una gracia dada a otros, aunque por lo general permanezca invisible. Recuerdo, por ejemplo, una mujer santa en Francia que había estado postrada en cama durante 25 años. “Marie-Ange” de hecho tenía un semblante angelical cuando me dijo lo bueno que era Dios con ella, acostada en su cama, mirando el crucifijo en la pared frente a ella. Vivía en el ala de una casa grande que recientemente se había convertido en el hogar de un grupo de jóvenes devotos. Estos jóvenes eran los miembros principales de un grupo de oración en París. Habían comenzado el grupo unos seis meses antes de nuestra visita, y en ese corto tiempo había crecido de una docena a unos mil jóvenes en sus reuniones. Los miembros de este grupo atribuyeron unánimemente su crecimiento a la intercesión de su angelical Marie.

De manera similar, en nuestro barrio de Comayagua, Honduras, hay una santa anciana y guerrera de oración llamada Doña Lucila. Ella es ciega, muy pobre y ha estado confinada a su hogar durante más de ocho años por la enfermedad y fragilidad. Muchos de nuestros frailes que la han visitado a lo largo de los años y la han observado cantar y dar gracias después de recibir la Comunión están convencidos de que es una amiga muy cercana del Señor. Nos recibe con gran hospitalidad en su casita de una sola habitación donde vive con tres de sus hijas. Está claro que vive para interceder por los demás, ya que se sienta día y noche frente a una pared de bloques de cemento llena de más imágenes sagradas que un santuario bizantino. Con su manera sencilla y profunda me dijo: “Las llagas del Señor nos protegen. Son la fuente de vida para nosotros”.

Estos testigos del abandono a la Divina Providencia nos enseñan una lección que debemos aprender una y otra vez. Con el tiempo, se aprende a esperar que cuando un automóvil se averíe, cuando se corte la electricidad o incluso cuando una pandemia se paraliza el mundo, el Señor está interviniendo en una obra especial de la providencia. Por ejemplo, el Coronavirus no solo se convirtió en una oportunidad para que crezcamos en paciencia y oración, sino que también se convirtió en la ocasión para escribir este libro que está leyendo. Muchos otros cristianos fueron inspirados a realizar obras nuevas y creativas para el Señor durante la pandemia.

Hay innumerables ejemplos entre los santos de la fecundidad de confiar en la obediencia al Señor. Un ejemplo reciente es el Papa San Juan Pablo II, quien como seminarista comenzó a sentirse llamado a ser fraile carmelita. El joven Karol Wojtyla oró mucho al respecto, esperó para asegurarse de que fuera un deseo constante y luego pidió permiso a su obispo para trasladarse a los Carmelitas. Su obispo dijo que no. Después de ser ordenado sacerdote diocesano, el deseo aún no se había ido. Habló con el prior carmelita y juntos fueron a hablar con su obispo. P. Wojtyla y el prior hablaron sobre cuánto tiempo, con cuidado y oración habían discernido este sentido de que Dios lo estaba llamando a los Carmelitas. Aun así, el obispo le dijo que no. (¡Gracias a Dios!)

Hablando humanamente, como familiarizado con el discernimiento vocacional, diría que el obispo se equivocó y que debería haber escuchado al P. Wojtyla y el prior. Sin embargo, el Señor tenía algo más importante en la mente para él, incluso si ese obispo no entendía qué sería. Seguramente la prueba de ser un hijo obediente de la Iglesia hizo de Juan Pablo II un mejor padre espiritual, un mejor Papa. La lucha por ser una oveja confiada lo convirtió en un mejor pastor de la Iglesia universal.

En la vida cristiana de obediencia, ya sea en el envío o en la permanencia, tenemos amplias oportunidades para crecer en la confianza en el buen plan del Padre para nosotros y en la victoria de Cristo a través del Misterio Pascual. Es posible que todavía tengamos que lidiar con la herida de nuestra naturaleza rebelde que grita "¡No quiero!" o "Lo sé mejor". Naturalmente, a medida que envejecemos, se vuelve más difícil ser obediente a alguien más joven que nosotros, o seguir las mismas viejas prácticas, o quizás las nuevas prácticas incómodas de una comunidad. Después de estar en una posición de responsabilidad y conocer las propias limitaciones, puede ser más difícil para alguien tener una aceptación de la obediencia que es sencilla y llena de fe. Todo esto es para decir que nosotros también podemos crecer y aprender una obediencia más profunda a través de nuestros diversos sufrimientos.

Creer en la obediencia significa sorprendentemente crecer en libertad. Esto se malinterpreta enormemente en nuestros días, cuando la mayoría de las voces del mundo nos dicen que la libertad es hacer lo que nos apetezca. El efecto prolongado de ese concepto de la libertad es la autodestrucción. Por ejemplo, algunos luchan literalmente por el derecho a autodestruirse mediante el suicidio asistido, en nombre de la libertad. Para otros, puede ser debido a la adicción a la droga de su elección. Otros más destruirán la vida humana inocente en el útero en nombre de la libertad. La historia muestra repetidamente cómo esta idea de "libertad" provoca la autodestrucción de una sociedad. ¿Qué pasará si todo el mundo, interconectado como nunca antes en la historia, cae en esta misma concepción errónea de la libertad? Es posible que pronto lo averigüemos.

Por otro lado (o pie), la obediencia al Señor nos lleva a una verdadera plenitud de libertad y plenitud de vida. La libertad interior es esencialmente libertad contra el egoísmo. Reconocer una autoridad superior, una autoridad divina, nos libera de la ansiedad de pensar que tenemos que resolver todo por nosotros mismos, sabiendo en el fondo que realmente no podemos. La libertad que proviene de la obediencia nos ayuda a vivir en paz en el momento presente.

La obediencia nos libera de nuestro orgullo, que se interpone en el camino de relaciones saludables. Como dijo San Benito de Nursia, somos tan humildes como obedientes y tan obedientes como humildes. La obediencia voluntaria, como la humildad, nos ayuda a liberarnos de algunos de nuestros mecanismos de defensa demasiado elevados, de modo que seamos más libres para amar a los demás. De lo que estamos hablando no es realmente una "obediencia ciega", sino más bien una obediencia que ve más clara y profundamente a la luz de la fe y la razón juntas, y luego responde libremente, como Nuestra Señora, "hágase en mí según a tu palabra".

Nuestro crecimiento en la obediencia proviene de experiencias de confianza en el Señor, cuando las cosas no salen como las planeamos o deseamos, y vemos que salen mejor que nuestro plan. Nuestra confianza en Su providencia generalmente crece al tener más recuerdos de las ocasiones en que el Señor trajo un buen resultado de algo aparentemente no bueno para nosotros. Nuestro gozo aumenta a medida que experimentamos más a menudo cómo el Señor lleva a cabo su voluntad misericordiosa mediante el error y la debilidad humanos. Una vez más, nos devuelve al misterio del Calvario, cómo el ser obediente a una muerte cruel trajo la libertad de todos los hijos de Dios para siempre, y cómo los pies de nuestro Salvador pisotearon la muerte con Su muerte.

Oremos por esa gracia:

Señor Jesús, que seas glorificado por Tu obediencia humilde.

Ofrezco contigo, oh Señor, cada situación en la que me siento estancado o atado inmóvil a la cruz.

Confío en que me llevarás a una libertad más profunda por medio de esa cruz.

Padre Celestial, creo que Tú obras todas las cosas para el bien de los que Te aman. Te doy permiso para hacer lo que quieras conmigo.

Espíritu Santo, mándame hacer Tu santa voluntad hoy y todos los días de mi vida. Amén.

CAPÍTULO 7

El costado herido que revela su corazón

El Señor esté con Uds. - Y con tu espíritu.

Levantemos el corazón. – Lo tenemos levantado hacia al Señor.

(-La Liturgia Romana)

El rabino Abraham Heschel, en su poderoso libro sobre los profetas, pregunta al principio: "¿Qué clase de hombre es el profeta?" La respuesta a la que nos trae es que el profeta es alguien que "simpatiza con el patetismo divino", es decir, alguien que siente lo que Dios siente y luego habla en consecuencia. Un profeta habla desde el silencio de su propio corazón porque está abrumado por lo que Dios siente por su pueblo.

Es una gracia asombrosa de la Nueva Alianza que tengamos acceso personal al Corazón de Cristo y, por lo tanto, podamos compartir lo que Dios siente. Por nuestro bautismo, que para muchos de nosotros tuvo lugar antes de que pudiéramos pronunciar una palabra, fuimos llamados a participar de la vocación profética. De manera objetiva, Cristo comenzó a habitar dentro de nosotros y a unirse con Su Corazón. Entonces nuestra tarea subjetiva se convirtió en aprender a escuchar y reconocer lo que Él siente y dice dentro de nosotros.

¿Alguna vez le ha preguntado al Señor Jesús cómo se siente? ¿O lo que Él siente? Puede parecer una pregunta extraña para hacerle, en el sentido de la gran diferencia que existe entre el Creador y la criatura. El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que "nuestras palabras humanas quedan siempre más acá del misterio de Dios" (CCC #42) y que "entre el Creador y la criatura no se puede señalar una semejanza tal que la desemejanza entre ellos no sea mayor todavía" (#43). No obstante, podemos hacerle esta pregunta porque Él tiene un corazón humano. Las llamas de fuego que vemos estallar en imágenes del Sagrado Corazón nos dicen algo de esa pasión infinita del Señor, que es mucho más intensa de lo que sentimos. Puede que tengamos días en los que nos sintamos apasionados, pero el Corazón de Jesús es un horno divino de amor. Si es

cierto que nuestros deseos nos definen más que nuestras acciones, podemos reflexionar con asombro sobre el inmenso deseo en el Corazón de Cristo de compartir Su amor con nosotros.

Cuando le pregunté al Señor Jesús recientemente cómo se sentía, creo que me respondió con dos palabras. Uno fue "sediento". Eso no me sorprendió mucho, porque a menudo he estado en capillas de las Misioneras de la Caridad que tienen las palabras "Tengo sed" junto al crucifijo. Puede ser que Su revelación a Santa (Madre) Teresa de Calcuta fuera una respuesta a esa pregunta en su corazón, "Señor, ¿cómo te sientes?"

La otra palabra que se me ocurrió fue "inquieto". Al principio, pensé que tal vez estaba proyectando mis propios sentimientos sobre el Señor, ¡ya que estaba preguntando durante el tiempo de la cuarentena de la Coronavirus! Luego comprendí que decía que estaba inquieto hasta que todos descansáramos en él. Es una especie de espejo de lo que San Agustín describió como su propia inquietud. Cuando Jesús nos invita a descansar en Su manso y humilde Corazón en Mateo 11:30, Él también desea descansar en nuestros corazones.

Durante la Misa, una de las respuestas más familiares, que se remonta a los primeros días de la Iglesia, es la citada al principio de este capítulo. ¿Cuántos de nosotros nos damos cuenta de lo que estamos diciendo allí? El sacerdote reza para que el Señor esté con los participantes y luego les pide que levanten sus corazones. La Iglesia se da cuenta de que solo podemos elevar nuestro corazón en oración si el Señor está con nosotros, en nosotros, en nuestro corazón. Necesitamos tener Su Corazón para orar dignamente al Padre.

Se han escrito volúmenes sobre el Sagrado Corazón de Jesús, porque todo lo que importa está contenido allí, y ninguna cantidad de palabras podría contenerlo. Hay una atracción universal del Sagrado Corazón. Por ejemplo, recuerdo un tapiz del Sagrado Corazón en el santuario de una pequeña iglesia Bautista que quedaba cerca de nuestro convento en el Bronx. ¿Quién podría resistir la invitación a habitar en un Corazón tan manso y humilde?

El Catecismo de la Iglesia Católica llama al corazón humano nuestro "centro escondido... lo más profundo que todas nuestras tendencias psíquicas" (# 2563). De manera similar, podemos decir que el Corazón herido del Esposo es el centro escondido de la Encarnación y del Misterio Pascual, del matrimonio de la Divinidad y la humanidad. Es el "odre nuevo" del que se nos da el vino nuevo de Su Preciosa Sangre y las Aguas Vivas del Espíritu Santo.

San Buenaventura dijo que debemos entrar por la herida de Su costado si queremos entrar en el Corazón de Cristo mismo. Podríamos entender esto en el sentido de que no se puede entrar en el Sagrado Corazón sin buscar entrar o comprender el sufrimiento interior de nuestro Salvador. Un corazón es un símbolo popular del amor, pero no queremos reducir el amor de Dios a una pegatina superficial. Necesitamos meditar en lo que lo traspasó si realmente queremos comenzar a comprender Su amor.

Ya hemos considerado la herida del rechazo que Jesús experimentó al sanar a otros y compartir con ellos el Evangelio de la salvación. Aún hay más para reflexionar al entrar en su Sagrado Corazón. Como las otras heridas, la herida en el Corazón puro de Cristo fue de por vida, no solo en el Calvario. Es difícil para nosotros saber exactamente cómo es la vida emocional de un hombre sin pecado, pero ciertamente la sangre, el sudor y las lágrimas reales de su Corazón durante su ministerio público están atestiguados en los Evangelios. Su corazón estaba "conmovido de piedad". En otro momento estaba "profundamente turbado". Él estaba enfadado. Lloró. Durante su agonía, sudó sangre. Tenía tanto amor para dar y tan pocos que pudieron recibirlo.

Debe haber experimentado una desolación o soledad en su Corazón humano debido a su lugar único en la historia del mundo. Nadie más fue ni será a la vez verdadero Dios y verdadero hombre. ¿Quién podría entenderlo o sentir empatía por él? El único evento del que oímos hablar de Su niñez nos revela que incluso sus santos padres no entendían (hasta entonces) Quién era Él (Lucas 2:50).

En la Última Cena llamó a sus discípulos sus amigos. Al mismo tiempo, le dio a conocer su decepción a Felipe porque había estado con ellos durante tanto tiempo y todavía no lo entendían. Sin embargo, continuó hablándoles de su gran amor por ellos y del amor del Padre, y oró para que permanecieran en su amor. Apenas unas horas después, todos lo abandonaron. "Así incluso mi amigo, que comía mi pan, se ha vuelto contra mí" (Salmo 41).

Al mismo tiempo, misteriosamente, nunca estuvo verdaderamente solo, ya que era uno con el Padre. Dice esto claramente en Juan 16:32. No queremos reducir la experiencia del Señor a la medida de nuestros pequeños corazones. Había y hay una fuente infinita de misericordia y agua viva en el Corazón de Cristo, esperando ser derramada por todos los que tienen sed de amor (cf. Jn 7, 37ss). Las heridas de su Corazón son infinitamente más grandes que las nuestras, pero también contienen el poder transformador de un amor infinito.

El apóstol Tomás es famoso por sus dudas. Si leemos un poco entre líneas, parece que no solo tenía una duda intelectual, sino un corazón que dudaba, un corazón atribulado y herido. Se había aislado de los otros apóstoles. No se nos dice por qué no estaba allí, pero su actitud obstinada suena más a alguien con el corazón roto que a una simple actitud agnóstica (que no es realmente simple). Fue identificado por el apodo de "Didymus" (el gemelo), pero no sabemos nada sobre su gemelo. Seguramente habríamos oído hablar de él si fuera un discípulo. Muchos otros apóstoles llegaron con hermanos o amigos, pero Tomás entra en la escena solo.

Tomás el dudoso fue sanado de su corazón dudoso al poner sus dudas en las manos y el costado del Divino Sanador Herido. Nuestro Señor no le dijo a Thomas que revisara sus manos y pies, sino más bien sus manos y su costado. Cuando toca la realidad del Corazón herido de Cristo, Tomás se convierte él mismo en un sanador herido. Los Padres de la Iglesia dijeron que debido a sus dudas hizo más por la fe de la Iglesia que los otros apóstoles.

Cada lector tiene una historia única de un corazón herido para unirse con el Sagrado Corazón. Lo más probable es que todos en cada vocación experimenten la soledad en algún momento. Muchos intentan escapar de ella a través de las drogas, el alcohol o la promiscuidad; otros por exceso de redes sociales, videojuegos, televisión u otros hábitos poco saludables. Los cristianos muy devotos pueden intentar inconscientemente ignorarlo mediante el activismo. La mejor opción es encontrar nuestro lugar dentro del Corazón de Cristo y dejar que Él transforme nuestras llagas en fuentes de sanación. Esas heridas pueden convertirse en un medio de encuentro más personal y real con el Salvador. El sufrimiento abre lugares más profundos del corazón, como han aprendido innumerables cristianos a lo largo de los siglos.

Unir nuestro corazón con el Corazón de Cristo no es solo un consuelo para nosotros, sino, incluso podemos atrevernos a decir, un consuelo para Él. Debido a la atemporalidad del Sagrado Corazón, podemos decir: "Señor Jesús, quiero estar contigo en el desierto; Quiero estar contigo en Getsemaní; Quiero estar contigo en el Calvario; y en todos los lugares donde te sentiste solo, abandonado o incomprendido ". Varios santos, como Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), han escrito sobre cómo Jesús fue de hecho consolado durante su pasión, sabiendo que en el futuro hubieran cristianos que velarían y desearían estar con él durante ese tiempo de una manera espiritualmente atemporal.

La gracia de la unidad con su Corazón no es solo para místicos raros en los monasterios. Recuerdo a un hombre muy sencillo llamado Joshua, que era huésped de nuestro Albergue San Antonio en el Bronx, quien recibió esta gracia. En su forma sencilla, una vez me dijo: "Pues, esto es extraño. ¿Por qué cuando lloro, Jesús llora conmigo, y cuando Él llora, yo lloro con Él? " No es de extrañar que tiende a revelar su humilde Corazón a quienes se acercan a Él como niños más que a los sabios e inteligentes, al igual que su Padre celestial (cf. Mt 11, 25-27). Uno de los resultados de su Corazón herido es que está cerca de los corazones quebrantados. Los comprende desde dentro, desde su experiencia humana, así como desde su divina sabiduría. Derrama de su Corazón herido la gracia, la misericordia y el consuelo que todo corazón desea, porque la victoria de su amor es más grande que toda tragedia humana.

Los biógrafos más recientes de San Francisco de Asís tienden a enfocarse y hablar más directamente de la experiencia de soledad que padeció. Fuentes anteriores aludían a esto, pero generalmente de una manera hagiográfica más reservada. Si bien Francisco se veía a sí mismo como un hermano para todos y se regocijaba que el Señor le diera hermanos, también experimentó el profundo dolor por sus hermanos que se alejaron de él. Se sintió traicionado porque ellos rechazaron la forma de vida que el Señor le había confiado. De hecho, algunos de sus hermanos se sintieron avergonzados de su fundador por su personalidad sencilla.

En 1224, cuando San Francisco rezaba para compartir la cruz del Señor y el amor que lo motivaba a abrazar esa cruz, ya estaba compartiendo profunda y existencialmente el Corazón herido de Cristo. Su propia experiencia de rechazo, junto con su oración, es una razón probable por la que el Señor consideró oportuno convertirlo en el primer estigmatista. No se aferró a la identidad de una víctima. Su corazón se expandió en amor a Dios y al prójimo a través de su sufrimiento con Cristo. Su participación más profunda en las heridas de Cristo aumentó misteriosamente su gozo y paz y también muchos otros frutos del Espíritu Santo.

Tenemos un sentido de los deseos en el corazón de Francisco por su oración llamada el "Absorbeat:"

*Señor, que la fuerza de Tu amor, ardiente y dulce,
quita de mi alma todo lo menos que el cielo,
para que yo muera por amor a Tu amor,
ya que Te dignaste morir por amor de mi amor.*

CAPÍTULO 8

La pureza de su corazón herido

"¡El amor no es amado!" - San Francisco de Asís

"Crea en mí un corazón limpio, oh Dios". (Salmo 51:10)

Sería bueno que consideráramos el Corazón herido de Cristo en relación con la castidad. La castidad es mucho más que la abstinencia sexual y una disciplina del cuerpo. Se refiere a toda nuestra manera de amar a los demás con el amor de Cristo. Indica que la castidad es particularmente un asunto del corazón cuando habla de su opuesto, el adulterio, cometido en el corazón de uno (Mt 5, 28).

¿Cómo vivió nuestro Salvador la castidad? Los escritores de los evangelios no parecían interesados específicamente en esa pregunta. Juan el Bautista lo señala como el Esposo (Jn 3:29) y Jesús también usa ese término para sí mismo (Lc 5: 34-35). San Pablo explica además lo que eso significa en Efesios 5 cuando habla de Cristo entregándose completamente a su esposa, la Iglesia. Estos son suficientes para aplastar las teorías populares de algunos escritores gnósticos modernos de que Jesús tenía una esposa normal. Estos pasajes nos abren a la profundidad muy personal de su amor por cada alma.

Hace algunos años, un sacerdote amigo estaba "entrevistando" al prometido de su hermana. El sacerdote le preguntó si amaría a su hermana como Jesús amaba a la Iglesia. El joven nervioso, de Brooklyn, dio una respuesta nada impresionante de un simple "Sí". Cuando se le preguntó si entendía lo que eso significaba, dio la respuesta de oro: "Sí, daría mi vida por ella".

Un corazón que está voluntariamente herido con Jesús es también un corazón puro, un corazón purificado. Está purificado de un amor egoísta. Un corazón puro conduce a una palabra pura, ya que "de la abundancia del corazón habla la boca" (Lucas 6, 41). Un corazón puro conduce a una visión pura, ya que "los de limpio corazón verán a Dios". De hecho, Fray

Gil, uno de los primeros compañeros de San Francisco, dijo, "mantener todos los sentidos para los favores de Dios es lo que llamo la castidad" o la pureza de corazón.

El cuerpo y el alma de Jesús estaban en completa unidad, al igual que su voluntad, con el Padre, por lo que Él era completamente casto. ¿Y las tentaciones? Dado que fue concebido por el Espíritu Santo en su madre sin pecado, los teólogos nos dicen que no tenía concupiscencia, la tendencia de la carne hacia el pecado. Sería un error suponer que Él vio a través del mismo lente contaminado que el resto de nosotros tenemos. Fue totalmente único en la profundidad de su libertad de amar a los demás.

No obstante, el mundo que lo rodeaba estaba lleno de pecado. Ya que leemos en Hebreos 5: 8 que Él misteriosamente, humanamente, aprendió la obediencia por lo que sufrió, ¿estaría por debajo de su dignidad pensar que humanamente creció en castidad al tener que responder a los pecados de otros? Sabemos que a los doce años ya podía conversar con los maestros en el Templo con una sabiduría asombrosa. Lo más probable es que también se encontrara entre un "consejo" de otros niños de Nazaret de doce años que entablaban conversaciones lascivas y tal vez se burlaran de Él por su pureza de costumbres, y les habría respondido con la sabiduría necesaria para esa situación. Aunque las normas de su tiempo exigían más distancia social entre hombres y mujeres que el mundo actual (¡hasta el coronavirus!), me parece probable que una o dos doncellas adolescentes entre sus vecinos en esos años ocultos hubieran sido coquetas con él, y que Él habría tenido que responderles con la verdad y la amabilidad, con la claridad y la caridad.

Se nos dice que Jesús "creció en sabiduría y gracia" (Lc 2, 52). Esa pequeña línea nos lleva humildemente al vasto misterio de la Encarnación que permanece más allá del horizonte de nuestro entendimiento. El crecimiento en la castidad no significaría que alguna vez fue impuro, así como el crecimiento en la obediencia no significa que alguna vez fue desobediente. El crecimiento en este sentido podría haber incluido el aprendizaje humano de cómo comunicar la plenitud del amor puro de Dios a los demás. Probablemente incluyó ofrecer pequeños

sacrificios que lo prepararon humanamente para finalmente dar su vida en la Cruz por su esposa, la Iglesia y por cada alma humana.

Otros autores han escrito extensamente sobre su libertad en la forma en que actuó con las mujeres, reflexionando, por ejemplo, en su diálogo con la mujer samaritana en Juan 4. Sus palabras a María Magdalena el domingo de la Pascua: "No te aferres a mí porque todavía no he ascendido al Padre" se interpretan a veces de formas muy místicas. También se puede interpretar esas palabras de una manera más chistosa, algo así como: "¡Suéltame María, o no podré ascender al Padre!" En cualquier caso, tenía claro que no permitiría que nadie lo poseyera de manera exclusiva, mientras tenía un corazón verdaderamente abierto a cada persona.

Aunque creemos que el Dios-hombre sin pecado no luchó con la concupiscencia en su carne como lo hacemos nosotros, las Escrituras son claras en que fue tentado por el Enemigo de otras maneras. Estuvo tentado a usar su poder para satisfacer el hambre física por convertir piedras en pan. Esto se aproxima al menos al efecto de la concupiscencia, buscando satisfacer nuestros apetitos sensoriales mediante el uso del don de Dios del cuerpo de una manera que contradice su buen plan para nosotros.

La respuesta del Señor al Enemigo fue que vivimos más plenamente escuchando cada palabra que sale de la boca de Dios que llenándonos de pan. Su comida es hacer la voluntad del Padre (Jn 4, 34). Aquí hay una lección valerosa para nuestra batalla con la concupiscencia. Cuando escuchamos la voz del Padre, las tentaciones del enemigo se reconoce por lo que son: falsas promesas de felicidad que en realidad conducen a la tristeza. Jesús dejó muy claro a sus discípulos que la concupiscencia tiene consecuencias serias cuando dijo que sería mejor quitarse los ojos o las manos que pecar con ellos (Mt 5:30). Para decirlo más simplemente, cuando perseveramos en la oración, en el diálogo con el Señor, las tentaciones de la carne suelen perder su fuerza. San Pablo comparte su lucha con la carne en Romanos 7 y luego, en el capítulo 8, la victoria que encuentra a través del Espíritu Santo. Es el Espíritu de la verdad, nuestro

Abogado Divino, quien nos defiende de todas las mentiras diversas del Acusador.

Otra ayuda práctica en la batalla con la carne es recordar las palabras del Buen Pastor, que da su vida por las ovejas. Si la castidad o la fidelidad conyugal se ven simplemente como una especie de perfección moral o como el cumplimiento de una promesa, es posible que el motivo no sea lo suficientemente fuerte para perseverar. Cuando decidimos ofrecer la abstinencia o la fidelidad en el matrimonio para otras personas o situaciones específicas, el motivo es más fuerte. El motivo es la generosidad, es dar nuestra vida por los demás. Es un tipo de ayuno que se ofrece para personas o situaciones específicas, y siempre da frutos espirituales.

Para los sacerdotes y religiosos que buscan seguir el ejemplo de celibato y castidad del Señor, su promesa del ciento por uno, que nunca será superado en generosidad, es especialmente evidente. ¡Nos ha dado una familia grande en la Iglesia! Nuestro fiel compromiso con la castidad es complementario al de los matrimonios, que llevan sus propias heridas y cruces con Cristo y nos animan con su ejemplo a ser generosos.

Recuerdo el ejemplo de una pareja que compartió su testimonio durante una reunión sobre la planificación familiar natural durante una misión parroquial. Algunos de los participantes hablaban de lo difícil que era practicar la abstinencia durante los momentos en que la esposa era más fértil. Una pareja reconoció esa dificultad, pero agregó que le ofrecieron esa lucha al Señor para los sacerdotes y religiosos que practican la abstinencia toda su vida por ellos. Yo nunca hubiera pedido ese favor, pero estaba muy agradecido por su testimonio y generosidad. Estoy seguro de que el Señor derrama su gracia en abundancia cuando sus discípulos, laicos, ordenados o religiosos, ofrecen sus luchas de castidad para otras personas.

Todo cónyuge, padre y madre puede encontrar unidad con el Corazón herido de Cristo durante esos momentos en que la vida familiar se vuelve solitaria, cuando un cónyuge no comprende, cuando los hijos son ingratos o rebeldes. Sin embargo, como todos los cristianos buscan "no

vivir más yo, sino Cristo que vive en mí" (cf. Gá 2, 20), debemos unirnos a los sentimientos de Cristo, a su mente y a su corazón, para ver lo que Él ve y sentir lo que Él siente cuando mira a sus hijos, ya sean hijos naturales o espirituales. "Levantemos el corazón hacia el Señor" es una invitación diaria para el hogar, ¡no solo para la Misa!

Nuestros corazones no disminuyen por la castidad consagrada, ni por una vida matrimonial fiel; más bien, se expanden con el amor desbordante de Cristo. Como nos dice el documento La Vida Fraterna en Comunidad, "El amor de Cristo derramado en nuestro corazón nos impulsa a amar a nuestros hermanos y hermanas hasta el punto de asumir sus debilidades, problemas y dificultades" (n. 21). Es un amor herido que comprende mejor esas debilidades y dificultades.

Considere otro ejemplo de la vida de San Francisco. Cuando alguien hablaba de él como un santo viviente, su respuesta era "todavía yo podría tener hijos". No solo aprendemos de esta respuesta un realismo saludable, sino también una transparencia saludable. Lejos de la represión, conoció y pudo compartir esta lucha normal y así se volvió aún más libre. Ese tipo de honestidad, primero con nosotros mismos y luego con un director espiritual o un hermano o hermana en el Señor, ha traído la luz y la gracia del Señor a muchas situaciones sombrías.

Oremos:

Señor Jesús, por favor coloca todos los deseos de Tu Corazón en mi corazón. Entonces Te ofreceré Tu Corazón de vuelta, oh Señor.

Solo puedo amar a los demás verdadera y completamente si tengo Tu Corazón.

Señor Jesús, por favor dame Tu Corazón y nunca lo retraigas.

CAPÍTULO 9

Los estigmas y la Eucaristía

"Este es mi Cuerpo, entregado por Uds." "Esta es mi sangre, derramada por Uds."

La próxima vez que esté adorando al Señor en la Eucaristía (o quizás la primera vez para algunos lectores), mire las manos, los pies y el corazón heridos que están frente a Ud. Si al principio no los ve, vuelva a mirar con fe y con los ojos del corazón. Está mirando el cuerpo resucitado de Jesús.

El Catecismo de la Iglesia Católica (# 645) nos dice que el cuerpo glorificado de Jesús tiene propiedades nuevas para que pueda estar donde quiera, cuando quiera y como quiera. Esta deducción se basa en la evidencia de las apariciones de Jesús después de la resurrección. El cuerpo resucitado parece regirse por un nuevo tipo de física. (A propósito, parece que tendremos unas propiedades nuevas que esperar, por su gracia, también para nuestros cuerpos resucitados. ¡Deje que su imaginación se eleve al cielo!)

Es posible que escuches las palabras del himno Adoro Te Devote en tu corazón: "No soy como Tomás, las heridas no puedo ver, pero te llamo claramente, Señor y Dios como él". Cualquiera que sea la apariencia que Jesús decida tomar, esas heridas son parte de su identidad. No podemos ver y tocar esas heridas con nuestros sentidos, pero podemos con nuestro corazón, con la ayuda de la fe. El misterio pascual que la Eucaristía hace presente continuamente es el mismo misterio que sus llagas proclaman continuamente.

¿Puedes ver sus manos heridas presentes en la hostia? Sus brazos están abiertos en un gesto de total apertura y vulnerabilidad. Se nos dice que en la Última Cena Jesús amó a sus discípulos "eis telos" en griego, que puede traducirse "hasta el fin", "al máximo" o "hasta el extremo" (Juan 13: 1). Existe un riesgo extremo en esta generosidad vulnerable.

Si pensaras en Jesús jugando un “deporte extremo”, ¿sería la Eucaristía! Uno podría imaginarlo a la ligera diciéndole a la madre María de su plan de darnos su Cuerpo y su Sangre disfrazado de pan y vino. Es posible que habríamos escuchado a María decir: "Pero eso suena muy arriesgado, ¿y si te lastimas? ¿Qué pasa si alguien te deja caer, o te deja en algún lugar olvidado, o incluso te pisa?"

Nuestro Salvador habría respondido: "Pero Madre, tengo que correr el riesgo. Incluso si me conecto plenamente con unas pocas personas, si me reciben con profunda intimidad y comunión - incluso con una sola persona - ¡vale la pena!"

Hay un pequeño juego con los niños que es común a varias culturas. Alguien le pregunta al niño, sosteniendo sus manos con un pequeño espacio en el medio, "¿Me amas tanto?" Luego, cuando abre los brazos de par en par, pregunta: "¿O me amas tanto? ..." Los brazos de Jesús abiertos de par en par en la Cruz son los mismos de Él que viene a nosotros en la Eucaristía.

En la primera plegaria eucarística de reconciliación, la Iglesia reza poéticamente: "Pero antes de que sus brazos se extendieran entre el cielo y la tierra, para convertirse en signo eterno de tu alianza, quiso comer la Pascua con sus discípulos ..." Las manos y los brazos son un signo eterno de la amplitud de la misericordia y el amor de Dios, que sanan la brecha entre la divinidad y la humanidad.

En la Sagrada Eucaristía, Jesús está presente corporalmente en un gesto humildad extrema, nuevamente con las manos que no se agarran. Es una segunda “kénosis”, un vaciamiento del yo, que no solo toma la forma de nuestra naturaleza, sino que también toma la apariencia de pan y vino, objetos inanimados. Se vuelve a entregar a los pecadores, incluso a los sacerdotes pecadores.

Ahora veamos sus pies clavados allí por la obediencia.

Es extremadamente dócil y obediente en la Eucaristía. Siempre cuando un sacerdote decide celebrar la misa, llega Jesús. Dondequiera que

alguien decida mover un copón o llevar una hostia, incluso a un lugar de profanación, Jesús irá obedientemente sin la menor resistencia.

En esta segunda kénosis de la Eucaristía, Él es obediente no solo hasta la muerte, sino también ante el ridículo, el rechazo y la indiferencia incluso de sus discípulos y amigos. Muchos de sus discípulos se alejaron de Él, como leemos en Juan 6:66, y continúan alejándose, porque esta enseñanza es muy difícil de aceptar.

Quizás sea más común reconocer el Corazón herido de Cristo en la Eucaristía. Es la forma en que Jesús vive su profunda sed de estar en comunión con nosotros. He sido testigo del profundo deseo de muchos moribundos de comulgar. Por ejemplo, un hombre llamado Alejandro no había comido nada durante semanas debido a un cáncer de estómago. Cuando levanté la Hostia frente a él y comencé a decir: “Este es el Cordero de Dios...”, Alejandro se esforzó tanto para levantarse de su cama para recibir la Comunión que pensé que expiraría por el esfuerzo. ¡Así que me apresuré la oración tan rápido como pude! Sin embargo, su profundo anhelo de recibir el Cuerpo de Cristo no era casi nada en comparación con el profundo deseo de Cristo de entregarse a Alejandro y a cada uno de nosotros.

En el Corazón Eucarístico de Cristo, encontramos una casta expresión de su amor. Él nos da su Cuerpo, en un don nupcial fiel, gratuito, y completo, a la Iglesia y al alma individual. Sin embargo, no hay nada de la naturaleza erótica de los rituales paganos en este memorial de su Pasión. La hostia es una forma extremadamente modesta, sencilla y no amenazante de entregarse a su esposa, la Iglesia.

Una manera de describir el objetivo de nuestra vida espiritual es hacer una Eucaristía de toda nuestra vida con Cristo. De todo lo dicho anteriormente, podemos ver cómo toda su vida expresó un don eucarístico de sí mismo - “Este es mi Cuerpo y mi Sangre entregados por Uds.” - en muchas formas cotidianas en las que todos los seres humanos pueden participar. En este sentido, el único Sumo Sacerdote comenzó a ofrecer la Misa desde el primer momento de su concepción. Por tanto,

todo esfuerzo nuestro, ya sea físico o más interior, que requiera nuestra “sangre, sudor y lágrimas”, puede unirse a la ofrenda ilimitada de la Misa.

Otra dimensión de hacer una Eucaristía de nuestra vida es la práctica de agradecer a Dios Padre por todo, sea agradable o no. “¿Qué puedo devolver al Señor por todo el bien que ha hecho por mí? El cáliz de la salvación levantaré e invocaré el Nombre del Señor” (Salmo 116: 12-13). La Eucaristía es un sacrificio de acción de gracias. Hay momentos en la vida en los que agradecer a Dios requiere de nosotros un verdadero sacrificio interior, momentos en los que nos sentimos tentados a quejarnos o incluso a regañar al Señor por permitir algo tan difícil. Son tiempos en los que especialmente necesitamos “entrar” interiormente en las llagas de Cristo crucificado y permitirle que nos transforme con su misterio pascual para que podamos “salir” con acción de gracias de las llagas de Cristo resucitado. Esa es otra forma de resumir la Misa.

Ahora parece ser el momento más apropiado para rezar el "Anima Christi", una súplica personalmente directa a Jesús en la Eucaristía, de la cual se toma el título de este libro:

Alma de Cristo, santifícame;
Cuerpo de Cristo, sálvame;
Sangre de Cristo, embriágame;
Agua del costado de Cristo, lávame;
Pasión de Cristo, confórtame;
Oh buen Jesús, óyeme;
Dentro de Tus llagas escóndeme;
Separado de Ti, nunca me dejes estar;
Del maligno protégame;
A la hora de mi muerte, llámame;
Y déjame ir a Ti
Para que con tus santos te alabe,
Por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO 10

Los estigmas que revelan al Padre

Felipe dijo: "Señor, muéstranos al Padre y eso será suficiente para nosotros". Jesús respondió: "... Todo el que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices, muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?" (Juan 14: 8-10)

En el primer capítulo consideramos que cuando Jesús mostró sus heridas a sus discípulos y dijo: "Soy yo mismo", fue como si estuviera diciendo "Así es como identificarme". Quizás sería mejor decir que hablan de su identidad más profunda como el Hijo del Hombre, como nuestro Redentor, como el Verbo Encarnado. Los estigmas resumen simbólicamente toda su vida terrenal. Sin embargo, deja claro, especialmente en el Evangelio de San Juan, que su identidad más profunda es el Hijo eterno del Padre.

Esto plantea una pregunta: ¿Esas sagradas heridas nos dicen algo sobre el Padre? Cuando Jesús nos dice que miremos sus pies, sus manos y su costado, ¿nos está ayudando también a conocer mejor al Padre, ya que nos dice "el que me ha visto a mí, ha visto al Padre"? ¿Son símbolos que nos dicen algo sobre la naturaleza de Dios, y no solo la vida humana de nuestro Señor Jesús?

Hay que tener claro que no estamos entrando en la insólita herejía del patripasionismo, es decir, pensar que el Padre se encarnó y co-sufrió la pasión y crucifixión con Jesús como humano. P. Gerald Vann, OP, en su libro The Passion of Christ and the Pain of God (La Pasión de Cristo y el Dolor de Dios) escribe con una cuidadosa comprensión de la distinción entre el sufrimiento del Padre y el del Hijo, al tiempo que reconoce que el Padre tenía un "patetismo" divino hacia la Pasión. Mientras que los filósofos griegos razonaban que Dios es el motor inamovible, la revelación cristiana implica que, sin embargo, elige libremente ser movido por la compasión, por el sufrimiento con los demás.

Creemos que "el Padre habita en la luz inaccesible", que nadie aquí en la tierra ha visto a Dios Padre, sino que el Hijo lo ha dado a conocer. No hay palabras adecuadas para revelarlo a Él excepto el Verbo hecho carne. Si bien todas las palabras y símbolos no representan el misterio de Dios, como escuchamos del Papa León en el Capítulo 4 y del Catecismo en el Capítulo 7, la unidad de Jesús con el Padre indicaría que los estigmas de su cuerpo glorificado nos dicen algo sobre el Padre también, si los interpretamos de manera simbólica. San Pablo señaló a los Corintios en esta dirección cuando no se dirigió a ellos con la "sabiduría verbal" de los griegos, sino predicando a Cristo crucificado, "la sabiduría de Dios y el poder de Dios" (1 Co 1, 24).

El Antiguo Testamento, aunque defiende celosamente la santidad y la alteridad de Dios, utiliza imágenes muy humanas para describirlo. Ya que Él inspiró todas esas palabras e imágenes, por limitadas que sean, debe estar bien con que las usemos. Así que volvamos a la pregunta original: ¿Cómo representan al Padre las manos, los pies y el corazón heridos de Jesús?

El Antiguo Testamento habla a menudo de la mano de Dios, especialmente la diestra, en referencia a su poder. Dios Padre es todopoderoso y omnipotente. Sin embargo, parece que siempre está limitando misteriosa y misericordiosamente el uso de su poder. Por ejemplo, le prometió a Noé que nunca más destruiría el mundo con un diluvio. Habló a menudo con Moisés y los profetas acerca de retener su mano de castigo. Sobre todo, Él impone libremente un límite a su poder y control sobre nosotros dándonos libre albedrío. Pudo haber hecho al hombre como otras criaturas, pero decidió darnos la capacidad de conocerlo o ignorarlo, amarlo o rechazarlo. En este sentido, el Creador Todopoderoso ha permitido que sus manos sean heridas por el rechazo de aquellos a quienes amorosamente creó.

El Padre es el dador de toda dádiva buena, sobre todo su Hijo y el Espíritu Santo. Podríamos decir que eternamente está engendrando al Hijo y al Espíritu Santo. Mientras que el Hijo se vació al no aferrarse a su naturaleza divina en la Encarnación, el Padre "se vació" a Sí mismo entregando a su Hijo en la Encarnación. "Tanto amó Dios al mundo que

dio a su Hijo unigénito ..." (Jn 3:16). El Hijo es más querido por el Padre que toda la Creación. Compartió con nosotros su mayor tesoro. Darnos a su Hijo fue como darse de sí mismo. El Catecismo nos dice que el sacrificio de Cristo también fue un don del Padre (CIC # 614).

De manera similar, Jesús se refiere al Espíritu Santo como el "Don de Dios" (Jn 4:10). Si un padre terrenal sabe dar buenos dones a sus hijos, cuánto más nuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes le piden (cf Lc 11:13). Es decir, la mano del Padre está siempre abierta para dar. Dios por naturaleza es siempre dador o difusivo. Él es amor. Porque es siempre dador y no posesivo, podemos decir paradójicamente que Él está en continuo estado de pobreza o vacío. Encontramos en Él la "coincidencia de los contrarios", como decía San Buenaventura, como manos todopoderosas pero vacías.

El Padre siempre está obrando en el mundo a través del Hijo. Las manos de ellos trabajan unidas, para hablar simplemente de un misterio de comunión y acción que va más allá de las palabras. La obra de creación de Dios es particularmente para nuestro disfrute (Génesis 1:29, 2: 9). Parece que tiene la intención de que sus obras, físicas y espirituales, deleiten a los demás más que a sí mismo. Su divina pobreza y humildad son evidentes al no exigir el reconocimiento de sus obras. San Pablo les dijo a los Romanos que todo el mundo debería poder creer razonablemente en el Creador al reflexionar sobre sus obras, pero el hecho es que muchos no lo creen. No encontraremos la firma en ningún objeto terrestre o galáctico que diga "hecho por el Padre". Aunque la belleza y el orden del universo son una especie de firma de una Fuente divina, Él siempre deja espacio para la fe. Mi sospecha es que, al fin y al cabo, quiere poder disculparnos (como su Hijo en el Calvario) por no saber lo que estábamos haciendo. Este misterioso ocultamiento del Padre puede atribuirse a Su misericordia y Su humildad. Él es Manos Vacías. El es la humildad.

Cuando San Francisco escribió en un pergamino una oración llamada "Las alabanzas de Dios", poco después de recibir los estigmas, no solo dijo que Dios era hermoso o humilde. Él oró "Tú ERES la belleza, ERES la humildad, ERES nuestra fuerza, ERES la mansedumbre" y mucho más. No solo

estaba diciendo que Dios tiene estas cualidades asombrosas que pueden parecernos contradictorias, sino que Él ES todas estas virtudes y, por lo tanto, la Fuente de todas ellas.

Los brazos abiertos de Jesús en la cruz también son una señal del deseo del Padre de abrazar a todos sus hijos. Como el padre del hijo pródigo, el Padre espera nuestro regreso a Él con los brazos abiertos. ¡Qué importante es que los padres terrenales representen al Padre Celestial de esta manera con sus hijos! ¿Cuántas personas tienen dificultad para confiar en el Padre porque sus padres estaban más interesados en ellos mismos que en sus hijos? No obstante, la mejor manera de sanar esas heridas familiares es conociendo al Padre como realmente es. Nos tiende la mano con tierno amor para sanarnos en lo más profundo de nuestra identidad. Él desea sanarnos de esos recuerdos dolorosos, pero muchos responden acusándolo de los pecados y debilidades de sus padres terrenales. El Padre está ante nosotros con los brazos abiertos y respondemos como el hijo mayor de la parábola: ingratos, quejumbrosos, orgullosos, incrédulos y desconfiados de Su generosidad. Así es como herimos sus invisibles manos sanadoras.

¿Cómo podrían los pies heridos revelar o describir algo del amor del Padre? No experimenta cansancio físico, aunque en ocasiones habla de estar cansado de su pueblo (cf. Is 7:13). ¿Está el Padre "herido" por la obediencia? Podemos decir con reverencia que sí. Es decir, Él eligió libremente hacerse obediente a las alianzas con nosotros, que rompimos. Al principio, misteriosamente "caminó" en el Jardín del Edén con Adán y Eva, hasta que pecaron y se escondieron de Él. Una y otra vez ofreció alianzas con la humanidad, y una y otra vez experimentó infidelidad de nuestra parte. Un pacto está sellado con sangre. Podríamos pensar que la sangre de los animales representa la vida de uno, como decir "Así sería yo si rompo esta alianza". Siempre es fiel a sus convenios, siempre obediente a sus propias promesas.

Muchas veces en el Antiguo Testamento, lo vemos eligiendo libre y humildemente "obedecer" a su pueblo escogido en sus peticiones de ayuda. A menudo les dice que se siente como un Amante rechazado debido a la infidelidad y desobediencia al pacto, al vínculo matrimonial

con Él. Así es como le hemos herido irreverentemente los pies, hablando nuevamente de manera simbólica.

El Padre tenía todo el derecho de romper esos pactos, por nuestra infidelidad, pero se nos dice que siempre es fiel, porque no puede negar su propia naturaleza (cf 2 Tim 2, 13). ¡Cuánto necesitamos aprender de su fidelidad hoy! Tantos hombres y mujeres tienen miedo de comprometerse entre sí y con el Señor y rompen con tanta facilidad sus compromisos. El Padre ha jurado ser fiel y nunca se retractará de su palabra. En Él encontramos la tierra sólida para vivir en fidelidad y cosechar la paz y el gozo que de ella provienen, aunque sea probado por el fuego.

Volviendo ahora al corazón del Padre, recordamos cómo el corazón representa el centro o núcleo escondido de la persona, lo que es más esencial de alguien. Al meditar en ese corazón del Padre, podemos preguntarnos cómo o qué siente el Padre. Sabemos que el Padre no tiene un corazón humano, pero como fuimos hechos a su imagen y semejanza, nuestro corazón humano nos dice algo acerca de Él. Habla de varias maneras de su corazón y su compasión a través de los profetas (cf. Os 11: 8). Aunque el Padre no tiene emociones, que en rigor se refieren a una experiencia somática, el Antiguo Testamento está lleno de referencias a sentimientos de Dios muy fuertes y variados, como el amor, el odio, el deleite, la ira, la alegría y hasta los celos. En el centro, o corazón, de estas palabras "emocionales" altamente cargadas está el deseo de Dios Padre de estar en comunión profunda con su pueblo. Su deseo es amarnos y ser amado por nosotros, y usa palabras muy humanas para tratar de transmitirnos ese mensaje. Lo que Él reveló a través de los profetas y otros filtros humanos imperfectos en el Antiguo Testamento fue aclarado por su Hijo, Aquel que revela al Padre perfectamente. Como dice el Catecismo, "solo el Corazón de Cristo, que conoce la profundidad del amor de su Padre, podría revelarnos el abismo de su misericordia de una manera tan sencilla y hermosa" (# 1439).

El corazón de Dios Padre es la misericordia misma. Si el amor es comúnmente simbolizado por un corazón, la misericordia debería estar simbolizada por un corazón herido. La revelación del Sagrado Corazón de

Jesús está de acuerdo con la revelación de la Divina Misericordia a Santa Faustina, que nos llama a orar al Padre por misericordia. No hay duda de que mirar el Corazón herido de Cristo es mirar al abismo infinito de la misericordia del Padre.

Cuando el Corazón de Cristo fue traspasado por la espada, fue verdaderamente la misericordia del Padre la que se derramó sobre el mundo. El tesoro o depósito de misericordia en las profundidades de Dios, en su corazón, fue abierto para el mundo en el Calvario. El Padre y el Hijo son uno en el corazón, unidos en su amor por todas y cada una de las personas. La perfección de la misericordia del Padre también es más fuerte que la muerte. La misericordia del Padre garantizó la resurrección de su Hijo. Es la misericordia del Padre la que triunfa sobre el pecado. El corazón traspasado del Padre es la vida misma y la fuente de vida eterna para nosotros. Mientras miramos con asombro y reverencia el costado herido de Cristo y su Corazón, vemos la luz gloriosa del Padre.

Un niño le preguntó a uno de nuestros frailes: "¿Decimos que Dios es santo (en inglés, "holy") porque tiene esos agujeros ("holes") en las manos y los pies?" Si lo pensamos bien, nuestra respuesta a esa pequeña pregunta divertida debería ser simplemente "Sí".

En los Evangelios, el Padre solo habla directamente desde el cielo unas pocas veces, y generalmente es para expresar su deleite y amor por el Hijo. Como sus hijos adoptivos, estas palabras también revelan cómo se siente el Padre hacia cada uno de nosotros. Jesús les dijo a sus apóstoles en la Última Cena que el Padre nos ama como ama al Hijo.

Una vez en un retiro, mi director me dijo que pidiera una nueva gracia ese día para conocer el deleite que el Padre tiene hacia mí. "Está bien", pensé, "ya lo sé". Habiendo sido fraile y sacerdote durante muchos años, por supuesto, sabría que el Padre se deleita en todos sus hijos. Sin embargo, por mucho que mi mente lo supiera y mis labios se lo habían repetido a otros, había algo en mi corazón que carecía de esa convicción. ¿Qué se suponía que significaba esa palabra "deleite", de todos modos? Pensé en cómo mi padre biológico había muerto repentinamente cuando yo tenía dos años. Aunque mi madre se había vuelto a casar unos años

más tarde con un hombre que era un muy buen padrastro para mí, no tenía ningún recuerdo de mi infancia de que mi padre se deleitara en mí.

Mientras continuaba orando y reflexionando sobre esto ese día durante la adoración eucarística en una iglesia, comencé a escuchar a un padre y su hijo jugando cerca, fuera de la iglesia. Aunque no podía verlos a través de las altas vidrieras, podía saber que estaban jugando, probablemente haciendo rodar una pelota de un lado a otro. El niño parecía ser demasiado pequeño para hablar, pero reía y gritaba alegremente, y el padre lo animaba y mostraba mucha felicidad. Entonces sentí que Dios Padre me decía: "Oye, chico, eso es como tú y Yo. Así es como me deleito en ti". En ese momento, el conocimiento de mi cabeza se convirtió en conocimiento del corazón. Luego le pregunté al Señor qué estaba pasando en el cielo el día que mi padre se electrocutó, trabajando en un pozo de nuestra casa. Lo que escuché interiormente fue que Jesús había dicho: "Padre, mira esa familia en Iowa, esos once niños con su madre, que acababan de perder a su padre. Mira a ese pequeño bebé Richie. ¿Qué vamos a hacer con él? El padre respondió: "Vamos a cuidarlo, por supuesto. Lo cuidaremos muy bien". Entonces comencé a considerar con un corazón agradecido cómo el Padre realmente me había cuidado tan bien durante toda mi vida.

¿Le has preguntado al Padre una vez en oración cómo se siente por ti? Ese fuego de amor que se le mostró a Santa Margarita María Alacoque en su visión del Sagrado Corazón de Jesús es una respuesta a esa pregunta por medio de una imagen. Su profunda y entrañable misericordia, que Zacarías, el padre de Juan Bautista, proclamó en su cántico (Lc 1, 78), es un intento de expresarlo con palabras. Es probable que el Padre compartirá una palabra más personal sobre su amor por ti si le preguntas.

Este podría ser un buen momento para dar un paso atrás por un momento y darse cuenta de la diferencia entre la meditación y la oración. Este es esencialmente un libro de meditaciones. Las meditaciones nos ayudan a conocer al Señor, a reflexionar sobre Él y a pensar en Él más profundamente. Sin embargo, el verdadero objetivo es el encuentro con Él. La fe y la conversación en oración con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos acercan mucho más a Dios que pensar y meditar.

Se muestra un ejemplo de cómo iniciar esa conversación:

Te alabo Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, por revelarte a Tus pequeños.

*Ayúdame a confiar en Ti, Padre, como un niño pequeño;
confiar en Tu generosidad, Tu paciencia, Tu humildad, Tu poder sanador,
Tu fidelidad, Tu misericordia, Tu deleite en mí,
y Tu infinito amor por todos Tus hijos.*

Te amo, Padre, y deseo que todo el mundo crea en Tu amor.

Te lo pido en el Nombre de Tu Hijo amado, nuestro Señor Jesucristo.

Y Padre, si está bien preguntarte, ¿cómo Te sientes hacia mí?

CAPÍTULO 11

Nuestra Señora de los Estigmas

“Y una espada traspasará tu propia alma”. (Lc 2:35)

La profecía de Simeón que el corazón o el alma de Nuestra Señora iba a ser traspasado por una espada se cumplió claramente, y no solo en el Calvario, como veremos. ¿Sería demasiado decir que sus manos y pies también fueron perforados, en un sentido simbólico pero muy real?

Podemos reflexionar sobre su unidad con las manos heridas de su hijo mientras vivía una vida de trabajo escondido con él. Mientras Él y José trabajaban en la construcción o la carpintería, sin duda ella se ocupaba de las tareas humildes y normales de la limpieza y la cocina. Se refirió a sí misma como la “esclava del Señor”, y esto se cumplió aún más literalmente en el servicio de su Hijo divino. Si bien una madre ciertamente tiene una posición más alta en el hogar que una sierva, ¡a veces puede sentirse esclava de sus hijos!

Cuando San Francisco escribía sobre la pobreza de nuestro Señor, solía mencionar también a “su pobre madre”. Su pobreza material fue evidente al dar a luz a su Hijo en un granero y luego huir como inmigrante a Egipto con José y el niño Jesús, su única seguridad siendo su fe en Dios. En un nivel más profundo, desde el comienzo de su vida estuvo llena de gracia porque estaba vacía de sí misma. Era libre de no aferrarse a su reputación ni siquiera a su vida cuando dio su consentimiento en la Anunciación. Después de todo, estar encinta en su situación podría haber significado ser apedreada hasta la muerte de acuerdo con la Ley.

Por la poca información que tenemos sobre ella, queda claro que fue muy generosa, siempre dispuesta a echar la mano. Fue a echarle la mano a Isabel en cuanto se enteró de la noticia de su embarazo, pensando más en el bienestar de su prima que en el suyo. Le preocupaba cómo ayudar a los recién casados en Caná, con un detalle importante de hospitalidad. Podríamos reflexionar sobre la complementariedad de su preocupación

por dar vino con la preocupación luego de su Hijo por dar el pan, los dos elementos principales de la Eucaristía. Experimentando su propia pobreza e incapacidad para atender la necesidad de esa pareja de recién casados, les entregó el único tesoro que tenía; su Hijo.

Sin duda habló con dulzura con el gesto de los brazos abiertos. Podemos imaginarla saludando a Isabel con los brazos abiertos que expresaban su amor. Aunque a menudo se la representa en oración con las manos juntas, es probable que orara con frecuencia como otras mujeres judías con los brazos en alto en la posición de "orans". Se puede fácilmente imaginarla en esa postura de entrega mientras responde al mensaje del ángel: "Hágase en mí según tu palabra". Más aún, podemos verla levantando sus manos en alabanza mientras proclamaba: "¡Mi alma proclama la grandeza del Señor! ..." ¡Cuán interiormente libre era para alzar todo su corazón al Señor! No es que estuviera libre de pruebas, penas o malentendidos, sino del egoísmo y la preocupación por sí misma. Su alma era como una lupa transparente que magnificaba la luz y el fuego del amor de Dios.

Su Divino Hijo la condujo a una generosidad aún más divina, a un gesto de brazos abiertos para toda la vida. Pensemos en el grupo de discípulos que formó a su alrededor. Cuando estaban en Capernaúm, la suegra de Pedro estaba allí para servirles, pero ¿qué pasaba cuando estaban más cerca de Nazaret? Podemos imaginar que nuestro Señor la llamó para brindar hospitalidad a un grupo de apóstoles hambrientos. En un nivel más interior de generosidad, Jesús dijo que ser su hermano o hermana o madre estaba abierto a cualquiera que hiciera la voluntad de Dios Padre. Esto no solo significaba que ella "adoptó" un pequeño ejército de discípulos, sino que aparentemente significaba que debía compartir su papel único de madre del Mesías con otras mujeres también. Se le pidió que no se aferrara, que no guardara celos, su relación única con su Hijo. Sin duda, esa espada invisible ya estaba atravesando su corazón cuando escuchó esas palabras.

En el Calvario, cuando nuestro Señor entrega a su madre amada a su discípulo amado, se le pide no solo que entregue a su Hijo a la tumba, sino que también asuma el papel de madre de todos los hijos e hijas de

la Iglesia. Nuestro Señor ciertamente abre sus manos junto con las de Él en ese momento de generosidad extrema, sabiendo que ella desea participar en todo con Él.

Sus pies participaron de la obediencia de su Hijo en una entrega constante a la voluntad del Padre. Ser enviada fuera de su hogar para darle a luz y luego la experiencia de emigrar a Egipto requirió una gran docilidad y confianza de la joven madre del Redentor. Su respuesta en la Anunciación, "Hágase en mí según tu palabra", debe haber sido su estribillo constante durante toda su vida. Ya fuera por enfermedad o por salud, en casa o fuera, segura o no, confiaba y obedecía. En algún momento debió darse cuenta de que le debía la obediencia de la fe a su propio Hijo. Tuvo que aceptar humildemente ese cambio de roles. Fíjese cómo en Caná ella pide ayuda a su Hijo plenamente, pero al mismo tiempo enseña la obediencia a los sirvientes; "Hagan todo lo que Él les diga" (Jn 2, 5). Ella continúa enseñándonos que confiar en la obediencia cuando somos tentados a dudar de la providencia del Señor.

Ella se paró allí en el Calvario, sus pies atados voluntariamente al suelo rocoso en ese lugar más horrible de muerte y tortura, obediente con su Hijo al plan del Padre. Como su Hijo, ella había aprendido la obediencia por lo que había sufrido, pero solo se perfeccionaría en el Calvario. Allí la sujetaron al suelo con los clavos de la fe, la esperanza y el amor. Se nos dice que después del mediodía se produjo una violenta tormenta y viento, presumiblemente con torrentes de lluvia fría que normalmente harían que una persona corra en busca de refugio. Ella permaneció allí fiel y obediente, como lo hizo durante todas las tormentas de la vida.

¡Cuán profundamente se cumplió la profecía de Simeón en el Calvario, que su corazón sería traspasado junto con el de su Hijo! Sabemos por el Evangelio que nuestro Salvador comenzó a orar el Salmo 22 desde la cruz, y la presunción es que continuó con el resto, ya sea en voz alta o en Su Corazón. Sin duda, Nuestra Señora lo rezaba con Él. Cómo esa espada interior debe haber traspasado su corazón cuando llegaron a las palabras en los versículos 9 y 10: "Sin embargo, me sacaste del vientre; me hiciste confiar en ti incluso en el pecho de mi madre. Desde que nací fui arrojado sobre ti; desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios. "

Quizás los recuerdos inundaron su corazón en ese momento, de todos los pequeños dolores que habían pasado antes, como la búsqueda ansiosa de su hijo de 12 años durante tres días; luego, cuando finalmente lo encontraron en el Templo, les dijo, más o menos, que tenían que dejarlo escuchar a su Padre Celestial. Hubo innumerables abandonos: al desierto, a su misión, a los malentendidos, a las hostilidades. Su corazón estuvo herido durante toda su vida, como quizás solo una madre pueda comprender, pero de una manera más intensa por la intensidad de su amor.

Sin embargo, la espada de la compasión que atravesó su corazón no derrotó a Nuestra Señora. Más bien se convirtió en el medio de triunfar sobre el enemigo. Mientras se hundía en el Calvario, ella se unió a la oración de su Hijo: "Padre, perdónalos; no saben lo que hacen". Su corazón también se convirtió en un vaso transformador de misericordia. P. Raniero Cantalamessa, sacerdote Capuchino que predicó durante muchos años a la casa papal, escribió que "la grandeza espiritual de una persona no es tanto lo que Dios le da a una persona, sino lo que le pide, y le pidió más de María que a cualquier otra persona, más de lo que pidió de Abraham "(cf. María, Espejo de la Iglesia, 81). Es cierto que avanzó en su peregrinaje único, creciendo continuamente en la fe, la esperanza y la caridad, compartiendo las llagas de su Hijo a lo largo de su vida. Parece que su prima Isabel la llamó bienaventurada, no tanto por lo que recibió, sino por lo que dio, su consentimiento completo de fe. Nos enseña a confiar en el Señor si nos pide grandes cosas: perdonar como Él, amar como Él o incluso sufrir como Él.

Mientras continúa proclamando la grandeza del Señor en el cielo, adorando al Todopoderoso que ha hecho grandes cosas por ella, tal vez todas las huestes celestiales escuchen a su Hijo responder: "Mi madre también ha hecho grandes cosas por mí. ¡Santo es el nombre de ella! "

¿Por qué no unirnos a la oración de ella?

*Proclama mi alma la grandeza del Señor.
Se alegre mi espíritu en Dios mi Salvador.*

Porque ha mirado con favor a su humilde sierva...

*Querida madre María, ayúdame a participar
con fe, esperanza y amor en los sufrimientos de tu Hijo,
para que yo esté preparado como tú
para un eterno peso de gloria más allá de toda comparación.
Amén.*

CAPITULO 12

Dentro de esas llagas victoriosas, escóndeme

“Alégrense de participar en los sufrimientos de Cristo, para que también sea inmensa su alegría cuando se revele la gloria de Cristo”. (1 Pt 4:13)

“Creo que el hecho de que el Señor cargue con los estigmas por la eternidad tiene un valor simbólico. Como expresión de la atrocidad del sufrimiento y la muerte, hoy los estigmas son sellos de la victoria del Señor, de la belleza total de su victoria y su amor por nosotros”.

(-El Papa Benedicto XVI hablando a sacerdotes italianos, 31/8/06)

He aquí un diálogo típico en las comunidades franciscanas:

"¿Cómo fue el día, hermano / hermana?"

"-¡La alegría perfecta!"

"Así de malo, ¿verdad? ¿Qué pasó?..."

Si la respuesta "la alegría perfecta" no le lleva a suponer que fue un día difícil, le daremos un poco de trasfondo de esta frase bien conocido por los franciscanos. Proviene de la siguiente historia de San Francisco, resumida brevemente aquí:

Un día de invierno, en los últimos años de su vida, San Francisco caminaba con Fray León, dirigiéndose hacia un convento. San Francisco inició una conversación preguntando a Fray León cómo llegar a la alegría perfecta. Parfraseando 1 Cor 13, Francisco dijo que no se logra convirtiendo a todos los pecadores, ni alimentando a todos los hambrientos, ni haciendo grandes milagros. Entonces Francis dio la sorprendente respuesta a su propia pregunta. La alegría perfecta sería si el fraile que abre la puerta les dijera que se perdieran por no valer nada y por ser ignorantes, y los dejara en el frío. Dijo que si podían aceptar ese trato por amor a Cristo, habría gozo perfecto y la salvación de sus almas.

"Así de malo, ¿Verdad? ..."

San Francisco fue en verdad un hombre de mucha alegría, de alegría sobrenatural. Fue una alegría que se encontró al otro lado de la cruz, después de haberla atravesado. Fue un gozo fundado en un profundo amor por el Salvador, lo suficientemente profundo como para desear compartir sus sufrimientos. Estaba cumpliendo lo que nuestro Señor pidió a través de San Pedro: “Alégrense de participar en los sufrimientos de Cristo, para que también sea inmensa su alegría cuando se revele la gloria de Cristo”. (1 Pt 4:13)

Nuestro Señor habla del gozo de una mujer después de haber dado a luz a su hijo. No solo se olvida del dolor, sino que nuestro Señor dice que su dolor se transforma o se cambia en gozo. Tenga en cuenta que Él no solo dijo que su dolor será superado por el gozo, sino que se transformará en gozo. Su misma pena se transforma en otra cosa. Esa es la transformación del amor, que encuentra la alegría de poder ofrecer algo por el amado, como el ofrecimiento de los dolores del parto por el hijo amado.

Este es el secreto del gozo de tantos santos penitenciales a lo largo de los siglos. Las prácticas penitenciales, como el ayuno o las viglias, a veces parecen aterradoras desde el exterior, como una casa vieja y fea. Sin embargo, cuando uno entra a su interior descubre allí un hermoso jardín lleno de árboles frutales y flores; es decir, cuando el motivo es el amor a Cristo. La mayoría de las religiones tienen prácticas penitenciales de algún tipo, y obtienen beneficios naturales e incluso espirituales. Sin embargo, con los cristianos es una realidad diferente, “vino nuevo en odres nuevos”, porque todo está centrado en la persona de Cristo. Él une nuestras pequeñas ofrendas con su misterio pascual: su Pasión, muerte, resurrección y ascensión. Cuando nos sentimos inspirados para ofrecer estos actos, o aceptar las acciones de otros contra nosotros, libre y verdaderamente por amor, comenzamos a experimentar el gozo de la resurrección incluso en esta vida. Sus heridas son como transformadores de electricidad que transforman un tipo de corriente en otro. Como dijo San Pablo, “Llevamos siempre en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús también se manifieste en nuestro cuerpo” (2 Co 4:10).

San Francisco de Sales dijo que la única forma de saber si tenemos la llama del amor de Cristo en nuestras almas es si deseamos sufrir con Él, y que todo lo demás es solo humo. Esa es una palabra difícil de asimilar. Sin embargo, esa llama es el fuego del Espíritu Santo, la llama ardiente de la propia caridad de Dios, no algo que tengamos que conseguir de alguna manera a partir de nuestras propias emociones débiles. Repetidamente vemos en la vida de los santos, cuanto más se apodera de sus corazones la gracia del Señor, más capaces son de ofrecer sufrimientos heroicos con gran alegría.

A veces, al orar por la salvación de las almas, he dicho un poco atrevido: "Señor Jesús, no sé cómo el cielo será el cielo para mí a menos que lleves a todos allí". La respuesta que a veces he escuchado a esa oración es "¿De verdad? Ya he ofrecido mi vida por ellos. ¿Qué vas a ofrecer tú?" Luego, en mi vacilación, me doy cuenta de que mi deseo por la salvación de todos no es tan completo como pensaba ...

Los méritos de la pasión, muerte y resurrección de Jesús son infinitos. Sin embargo, todavía Él desea que participemos en ellos. "Voy completando en mi propia carne lo que falta de las aflicciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia", dijo San Pablo a los Colosenses (1, 24). Es una invitación abierta. En ese sentido, sus heridas están abiertas para incluir nosotros, la Iglesia, su Cuerpo Místico en la tierra, en su ofrenda.

Parece que Jesús guardó las llagas del Calvario en su cuerpo resucitado como una especie de trofeo, o "sellos de la victoria del Señor", como dijo el Papa Benedicto XVI. ¿Tendremos también algunas señales de victoria en nuestros cuerpos resucitados? ¿Tendremos "tatuajes espirituales" que representen situaciones que requirieron gran generosidad o misericordia de nuestra parte? ¿Quizás algún signo de cáncer, de un hijo que perdimos o de votos religiosos? Puede ser que el nuevo nombre que recibamos en el cielo incluya un título como "el mártir", "el confesor", "la víctima del cáncer" o "el marido fiel". Uno podría pensar que en el cielo querríamos olvidarnos de cualquier sufrimiento aquí, pero creo que cualquier cosa que ofrezcamos aquí con el Señor será motivo de gozo y gratitud eternos. En la visión apocalíptica de Juan, se ve al Señor como el Cordero que fue inmolado, aunque está perfectamente glorificado. No

es que estemos buscando títulos para nosotros mismos, sino que el Señor “nos coronará de gloria” de tal manera porque daría gloria a su gracia en nosotros y revelaría a todos el gozo y el deleite que Él tiene en nosotros.

Aunque nuestros cuerpos físicos a menudo parecen interferir con nuestros deseos espirituales, gracias a ellos podemos ofrecer algo que los ángeles no pueden ofrecer. Podemos ofrecernos corporalmente con Cristo, y por eso estaremos eternamente agradecidos. ¡Qué hermosa es nuestra humanidad ofreciendo este sacrificio de acción de gracias, esta Eucaristía, con Jesús! "Este es mi cuerpo, entregado por Uds.", se traduce en innumerables acciones diarias como "Este es mi postre favorito, entregado por Uds." o "Este es mi momento para una siesta, entregado por Uds."

Un día de verano muy caluroso, un novicio le dijo a uno de nuestros sacerdotes, el P. Gregorio, cómo quiso dar su vida como mártir por Cristo. P. Gregorio sonrió, apagó el ventilador al lado del novicio y dijo: "¿Por qué no empezar hoy?" El novicio entendió el mensaje, ¡pero no esperaba que el martirio comenzara tan pronto!

Toda ofrenda unida a las llagas de Jesús da fruto espiritual. El agua viva del Espíritu Santo que brotó de su costado también brota dentro de nosotros y se desborda para traer nueva vida refrescante a quienes nos rodean. Recordamos cómo cuando San Francisco abrazó al leproso del que tanto deseaba huir, lo amargo se transformó en dulzura. Cuando el trabajo manual ayuda a pulir nuestros egos, cuando la obediencia nos libera de nuestro egocentrismo, cuando aceptar una enfermedad nos lleva rápidamente por un camino de conversión y gana gracias para los demás, cuando el rechazo abre la puerta a la alegría perfecta, todo estos son signos aquí en la tierra de ese futuro peso de gloria más allá de todo precio. Podemos entender por qué San Pablo escribió que solo quería “conocer a Cristo, experimentar el poder de su resurrección, participar en sus sufrimientos, y llegar a ser semejante a Él en su muerte. Así espero alcanzar la resurrección de entre los muertos." (Fil 3:10-11).

La victoria de esas preciosas heridas es evidente de manera muy directa en la lucha espiritual. Debido a que el Señor Jesús conquistó el reino de

la muerte con su propia muerte, sus heridas siguen siendo un medio para confundir y vencer al Enemigo. Una de esas formas es cuando nos asaltan interiormente muchas mentiras del Acusador o tentaciones de dudar. Como Santo Tomás, solo sin verlo físicamente, podemos colocar todas nuestras dudas en las llagas de Cristo.

Se puede hacer este poderoso ejercicio de oración cuando se encuentre en un momento de duda. Experimenté esto por primera vez en un retiro en silencio de una semana, poco después de terminar un tiempo de servicio en nuestra comunidad. Me acosaron muchas dudas y mentiras del Enemigo durante ese retiro. En un momento le escribí al Señor una lista grande de dudas corriendo por mi cabeza, alrededor de 30 de ellas. La directora del retiro, una mujer de gran fe que ha pasado alrededor de 40 años de su vida dirigiendo a sacerdotes en retiro, supo cómo responder. Ella me enseñó a renunciar a cada una de esas dudas y colocar cada una en las llagas de Jesús, para luego escuchar la verdad que el Señor me quiso decir para reemplazar cada una de esas mentiras. Recuerdo haber escrito al menos tres frases que me vinieron a la mente rápidamente en respuesta a cada mentira. A veces eran palabras de las Escrituras o, a veces, una simple declaración de la verdad, como "la Comunidad y yo estamos seguros en las manos del Padre". Fue un "momento de Santo Tomás" para mí mientras experimentaba el poder actual de esas heridas de Cristo resucitado, y todas esas dudas desaparecieron.

La oración sencilla de protección, que seamos escondidos en sus llagas, continúa confundiendo al Maligno. Dos de nuestros frailes, el P. Gregorio y el P. Juan Antonio, experimentaron esto mientras hacían una oración de liberación con una joven en Nicaragua. "Cecilia" manifestaba signos de opresión espiritual. P. Juan Antonio comenzó a repetir silenciosamente en su corazón: "Señor Jesús, esconde a Cecilia en Tus llagas". Inmediatamente una voz extraña salió de la boca de ella diciendo: "¿Dónde está Cecilia? ¡No encuentro a Cecilia! "

"Por lo demás, que nadie me moleste, porque llevo en el cuerpo las cicatrices de Jesús", escribió San Pablo a los Gálatas (6:17). Ese "nadie" puede referirse a perseguidores humanos o invisibles. A menudo he

experimentado su protección y fortalecimiento a través de la súplica sencilla: "Señor Jesús, escóndenos en Tus llagas". Es como ser colocado de repente muy lejos en el océano de su amor, mientras el enemigo lanza sus dardos de fuego desde la orilla, incapaz de llegar a ningún lado cerca de nosotros. Podemos descansar seguros y gozosos cuando nuestras vidas están escondidas dentro de sus heridas preciosas.

Él está completamente vivo. Esas señales de muerte ahora están derramando las aguas vivificantes del Espíritu Santo, renovando la faz de la tierra. De esos signos de muerte y resurrección brillan rayos de la misericordia y la gracia del Padre. Como escribió Charles Wesley en el himno *Lo, He Comes with Clouds Descending* (Mira, Él viene bajando con las nubes):

Esas queridas muestras de su Pasión, aún soporta su cuerpo deslumbrante;

Causa de júbilo sin fin para sus adoradores rescatados.

¡Oh, con qué éxtasis, con qué éxtasis, contemplamos esas gloriosas cicatrices!

Digno es el Cordero inmolado, de recibir toda honra, gloria y alabanza. ¡Dignos son sus llagas de ser glorificadas y de dar consuelo, sanación y fortaleza sin fin a su pueblo!

Oremos:

Señor Jesús, ¡eres digno de adoración sin fin!

Adoramos Tus manos, pies y costado heridos.

Cúbrenos con Tu Preciosísima Sangre que fluye de ellos, oh Señor.

Escóndenos en Tus llagas.

Destruye nuestras dudas en Tus heridas

y reemplázalas con Tu palabra y Tu Espíritu de verdad.

Transforma nuestros dolores en una alegría

que comienza el cielo en la tierra,

hasta el día en que nos llames a entrar por esas puertas eternas

que has abierto con Tus preciosas llagas.

Allí estaremos eternamente agradecidos por cada pequeña ofrenda que pudimos hacer contigo.

Que nuestras vidas y nuestras heridas, escondidas en las Tuyas, resplandezcan también Tu luz y amor eternos. Amén.

